

No eres tú

Noemí Martínez



Capítulo 1

Se veía su esbelto cuerpo en el reflejo del cristal de la terraza. Destacaba por su brillante forma curva en la espalda, sus largas piernas y sus estirados hombros. Sus clavículas se marcaban levemente a través del top ajustado negro que llevaba y sus pies fríos tocaban con la madera del suelo creando un ruido hogareño, familiar, casi suyo. Las uñas de los pies pintadas de un color azul eléctrico que brillaban a ras de la cristalina luz del amanecer.

El cabello castaño de Ágata caía por su espalda lacio, creando una especie de cortina que cubría parte de su torso. Se había convertido en rutina no madrugar, pero las mañanas de verano habían terminado, y con ellas las tremendas ganas de levantarse tarde. Ágata resopló y cerró la nevera con desgana al no encontrar nada que le convenciera para desayunar. Miró su figura por el reflejo de la cristalera, pero no le prestó mucha atención, su mirada enseguida se dirigió al cielo, a los pequeños rayos de sol que iban amaneciendo poco a poco y entonces mil pensamientos se pasaron por su mente y llegó a la conclusión más temida de todas; volvía la rutina.

Se recogió el pelo en una coleta alta tirante, bien peinada que afinaba su cara y achinaba sus ojos, potenciando así su forma almendrada. Aquel peinado era su característica más especial que dejaba ver su rostro, y algo que caracterizaba a Ágata desde bien pequeña, era su transparencia en la cara, a través de sus facciones, de sus ojos podías saber o no lo que estaba pensando. Mirarla era algo así como un enigma.

Se puso el uniforme de Los Morales y se miró en el espejo del tocador de su habitación, mirando hacia un lado y al otro, observando que ambas partes de la cabeza estaban perfectamente peinadas y ningún pelo le sobresalía.

—Decente —dijo con una mueca de conformidad.

Como de costumbre, Cristóbal esperaba a Ágata en la puerta de su casa. Ella lo supo en cuanto empezó a escuchar el rugido de la moto al principio de la calle. San Clemente era un pueblo pequeño y tan solo vivían a tres manzanas uno del otro. Se besaron como si fuera el primer día que se veían después de haber pasado aquel verano juntos en el pueblo de Cristóbal. Ágata subió en la moto y se abrazó a él. A través del casco y aunque el viento arrastraba toda la brisa de su aura, podía distinguir el olor de su novio, un olor que después de tanto tiempo, ya formaba parte de ella.

La entrada de Los Morales estaba repleta de jóvenes vestidos con el uniforme rojizo del instituto, todos tan iguales, pero a la vez tan diferentes. Reconocía todas las caras, no solo de cruzarse con ellas por los pasillos, sino de encontrárselas en alguna tienda del barrio, en las fiestas de verano, en el supermercado de la zona o en los eventos deportivos de la escuela. Se conocían todos con todos y aunque no les unían grandes lazos de amistad como el que tenía Ágata con sus amigas, si aparecía una cara nueva en Los Morales, se notaba.

Iván Boro entró en el edificio por la entrada principal dos horas después de la primera clase de inicio y orientación. En ese momento el pasillo estaba repleto de alumnos de bachillerato que charlaban y tomaban el almuerzo en su hora de descanso. El joven se pasó la mano por el cabello repeinándose el tupé, lo hacía a menudo, no para rescatar algún pelito rebelde que se había salido de la curva, sino más como una manía o una costumbre, era su manera de destensarse y aquel primer día lo necesitaba. Se reincorporó intentándose acostumbrar al tedioso uniforme que le tiraba de los hombros y le hacía parecer, como él pensaba "un crío pijo". Se tiró del cuello de la camisa para buscar su comodidad entre aquella ropa que iba a ser su traje diario a partir de aquel día. Caminó mirando sus pies que calzaban una clase de zapatos que jamás se había puesto, unos mocasines de color negro azabache. Aquel barullo de fondo le recordaba a su antiguo instituto, aunque era bastante diferente. Las instalaciones de la entrada tenían mesas redondas de cristal y asientos con cojines en los que había varias chicas sentadas conversando, mientras tomaban el desayuno. La mayoría de ellas acompañaban la comida con un café de las máquinas expendedoras que había en el pasillo. Agitaban el sobre de sacarina mientras reían entre ellas, charlaban y se contaban sus aventuras románticas de verano. En un momento dado un golpe de aire atravesó sus piernas y dos niños correteando le golpearon sin querer en su intrépida persecución.

—Eh, eh, ¿qué está pasando aquí? —espetó frenando a ambos niños, cada uno con una mano.

Boro se agachó frente a ellos, observó los ojos cristalinos de la niña, que se oscurecían con el color miel de sus ojos a medida que veía como Raigo arrugaba entre sus dedos un dibujo. Luego la niña miró a Boro a los ojos. Y no le hizo falta que le dijera nada.

—¿Sabes lo que les pasa a los niños que rompen los dibujos de las niñas?

-empezó mirando fijamente a Raigo.

—¿El qué? -preguntó inocente.

—Que aparece... —poco a poco sin levantarle la mirada acercó sus manos al torso de Raigo y empezó a presionar □..iel monstruo de las cosquillas!

Entre risas, el niño se retorció para protegerse y en un segundo soltó aquel papel, que rápidamente la pequeña recuperó.

—No es un dibujo, es una carta para mi hermana... en unos días es su cumpleaños -empezó la niña estirando la hoja arrugada como pudo.

Boro miró a Raigo con rostro enfadado.

—¿Por qué le arrugas la carta?

Raigo se quedó en silencio... Después miró a la niña y observó como sujetaba el dibujo con fuerza.

—¿Qué te pasa, pajarito?

Apareció de pronto una chica morena, de ojos enormes verde que apuntaron directamente a Boro con mirada observatorio, agachada frente a la niña. Él se quedó unos segundos prendado, un tanto vergonzoso por haber mostrado una parte divertida de él, cuando lo que realmente quiere, es esconder todo lo bueno y exteriorizar todo lo malo.

—Nada... -dijo Lucía con un hilo de voz, mirando al suelo.

Ágata frunció el ceño y devolvió la mirada a Boro después de observar la tristeza en los ojos de su hermana.

—¿Qué pasa, Raigo? -preguntó seria mirándole. Al no obtener respuesta, Ágata clavó sus ojos en el chico nuevo, que se mostraba algo distraído, incluso sonriente —¿Por qué estaba llorando mi hermana?

Boro se tensó, aquella mirada penetrante le hacía esconderse en él mismo, y aquello le confundía y a la vez le cabreaba. Miró a la niña quien le hacía ojos de compromiso. Boro se encogió de hombros restándole importancia a todo aquello, como pasando del tema. Ágata lo miró con desdén. El timbre sonó, agarró a los dos niños de las manos y dijo que era hora de ir a clase. En cuanto se alejaban espalda a Boro, Lucía se volvió, apretando la carta con su manita, aplastándola para que no se viera que llevaba nada, y sonrió a aquel chico. Boro le guiñó un ojo.

No iba a acabar ahí su encuentro con aquella chica. Aquella mirada furtiva y felina había penetrado en él, aunque ni si quisiera se había parado a

notarlo. Un par de minutos después, pensando que habían cogido caminos completamente diferentes, Boro se dispuso a llegar a su destino: las máquinas expendedoras. Era una especie de comedor abierto, aunque solo había un par de mesas y tres chicas sentadas alrededor de ellas, tomando café y charlando. Ni se había fijado en que Ágata volvía a encontrarse allí. Tras acompañar a los niños al aula, se había reencontrado con sus amigas en el comedor y se tomaban un café en mano antes de entrar a clase. Ella estaba de espaldas, y Boro había ya recogido su bebida de frutas y se disponía a averiguar aquel lugar que según Esteban iba a ser "su nueva vida". Sin ir a ningún lado acabó pasando justo por la esquina del pasillo donde estaban Ágata y sus amigas, que charlaban y se reían. No prestaba atención a ninguna de las chicas, ni siquiera se había dado cuenta de que se trataba de la chica de antes.

Allí en un momento dado hubo una concentración de ruido y personas, los estudiantes de cuarto acababan de salir de sus dos horas de tutoría y orientación, muchos se dirigieron hacia la terraza y muchos otros se cruzaron en el camino de Boro como locos, se quedó quieto observando como aquella chavalería se pegaba de collejas, se perseguía por los pasillos y molestaban a las chicas. Boro sonrió hacia Samuel, que le saludó a lo lejos antes de recibir una colleja de su amigo y que, posteriormente se sumergió en una persecución tras él para buscar su revancha. Boro rio, bebió un poco de su zumo de frutas, que sabía a cartón y a uva, y de pronto algo chocó contra su pecho, el cuerpo de una chica más bajita que él, de un metro sesenta y siete, más o menos con un vaso de plástico en la mano medio vacío y una camisa de uniforme llena de café. El pasillo se llenó de aspiraciones de sorpresa, incluso algunas un poco exageradas a visión de Boro, que no pudo evitar una leve sonrisa en cuanto vio la cara de espanto de Ágata tocándose la gran mancha de café de su camisa.

—¿Qué coño haces? ¿No miras por dónde vas o qué?! —soltó la joven enfurecida y arrojada por sus dos amigas.

—Eh, eh, relájate. Además, has sido tú la que se ha girado de golpe sin mirar como un pollo sin cabeza. —dijo Boro defendiendo su obviedad de razón.

—¿Qué? —preguntó sarcástica Ágata.

—Qué fuerte, tía—espetó una de sus amigas mirando a Boro de arriba abajo con cara de desprecio.

—Eres tú el que se ha quedado ahí plantado a dos centímetros de mi falda como un pasmarote. ¿Qué querías arrimarte? —se acercó desafiante

Ágata a sus ojos.

—Más quisieras, bonita.

La distancia entre los dos era tan mínima que ellos mismos lo creían por imposible. Cristóbal se acercó a Boro y lo apartó rápidamente con furia en su rostro.

—¿Qué coño pasa? —espetó empujando a Boro de su novia rozando sus dedos contra su suéter.

—Eh, eh, relajadito, eh —enseguida Boro se le encaró apartándole las manos de él.

—Si estás intentando ligarte a mi chica relajado contigo precisamente no voy a estar —le espetó.

Eran igual de altos, uno ochenta y cinco y uno ochenta y cuatro, más o menos, nadie pondría la mano en el fuego por ponerle un centímetro más o un centímetro menos a cualquiera de los dos. Por ello sus caras estaban perfectamente enfrentadas y Boro olió el olor a chicle de menta del aliento del chico.

—Cristóbal —intervino Ágata sujetando a su novio por el brazo, a lo que él se apartó, sin levantarle la mirada de furia a Boro.

—¿Ligar con tu chica? —empezó Boro. Sonrió, achinó sus ojos en términos de vacile, luego movió su cabeza y echó un vistazo a Ágata de arriba abajo, quien aún chorreaba café de la camisa. Luego volvió a mirar a Cristóbal, quien se mantenía quieto como una roca, y le soltó susurrándole casi al oído — no me hace falta ni intentarlo.

Al oír Cristóbal estas palabras, Boro no tuvo tiempo de apartarse, ya lo hizo Cristóbal por él, pero de un empujón, esta vez más fuerte que el otro. Tanto que a pocos centímetros estuvo de estamparse de espaldas contra la cristalera. Alrededor todos se alteraron, Ágata agarró a Cristóbal por detrás mientras gritaba su nombre. Pero Boro no tuvo ni tiene un mínimo de paciencia con nadie y se lanzó hacia él dándole un puñetazo tan brusco que lo llevó al suelo directo. Enseguida dos chicos, amigos de Cristóbal, se encararon hacia Boro mientras otros dos y las chicas socorrían al herido. Pero poco pudieron hacer salvo dos empujones que Boro devolvió, porque un hombre trajeado, joven y con planta de ser alguien importante intervino con un grito.

—¡Boro, a mi despacho! Vosotros, la clase empieza en diez minutos, os quiero ver inmediatamente en la puerta del aula.

Todos miraron al nuevo con enfado, con ira, con miedo incluso, algunos. Ágata se mantenía agachada junto a su novio, que sujetaba el hielo que le habían traído contra el ojo, pero no levantaba el rostro de desdén hacia Boro, que la miraba sin poder levantarle los ojos de encima, como si fuese la única allí.

—¡Ya! —dijo don Roberto en alto, junto a Boro, mirando al resto de alumnos, que enseguida se bifurcaron pasillo arriba y abajo.

Don Roberto estaba plantado frente al escritorio, con las puntas de los dedos de ambas manos "sujetando" la mesa, separado a pocos metros de su sillón giratorio de director y mostrándose firme ante el pasotismo de Iván Boro, que se mantenía quieto y distante, con los brazos cruzados y actitud seria.

—Su primer día aquí y a parte de llegar dos horas tarde y perderse las clases de iniciación y bienvenida, se pone usted a repartir puñetazos contra otro alumno.

—Me ha buscado él —irrumpió Boro con tono seco.

—Señor Boro —continuó don Roberto alzando la voz, lo que hizo que el chico tuviese que morderse la lengua—creo que no es usted consciente de la suerte que tiene de estar estudiando aquí. Acaba de llegar al pueblo, no creo que quiera decepcionar a su familia tan pronto, después de todos los hilos que han movido para matricularle en Los Morales, ¿no cree?

Boro lo miro con rabia, pero ese sentimiento solo lo podían expresar sus ojos, permanecía mordiendo su lengua y después su labio, provocándose una leve herida. Miró al suelo y pudo expulsar parte de su ira con un resopló.

—Bien. Que no se vuelva a repetir. Vaya a clase.

**

El pasillo de la primera planta, donde estudian los jóvenes de bachillerato, está a dos esquinas del despacho del director y de la sala de profesores, por lo que Boro llegó enseguida a la especie de cola o tumulto de compañeros que esperaban junto al aula. La que parecía ser su clase estaba cerrada, la luz apagada y una chica apoyada en la puerta lo miraba con recelo: Ágata. Se había cambiado la camisa blanca manchada de café por otra, seguramente la habría cogido de repuesto de su taquilla o se la habría dejado de prestado alguna de sus dos amigas, que estaban junto a

ella, también mirando de mala cara a Boro. Aunque todos los ojos de sus compañeros estaban puestos en él, y no precisamente por que fuese el nuevo, reinaba el silencio.

Cuando la tutora llegó, Boro dejó de ser el centro de atención. Era una señora de unos cuarenta y pocos años, llevaba una Tablet recogida en su brazo izquierdo, dejando libre la mano derecha con la que abrió la puerta del aula con una de las llaves que colgaban de su cuello. Iba enfundada en una camisa azul marino y una falda de tubo blanca. Su pelo iba recogido en un moño desenfadado y a través de sus gafas se podían ver unos ojos claros brillantes. Sonrió a los chicos y después empezó:

—Como ya sabéis, este año seré la tutora de bachillerato. Espero que las horas de orientación e inicio hayan ido muy bien y os deseo un buen curso —rio y después echo un vistazo a la Tablet —, bien, veamos... Os iré llamando por orden de lista para adjudicaros una mesa, ya sabéis como va esto.

Boro se fijó en como Ágata le cogía la mano a la chica rubia de su lado y se reían juntas. Ágata era como dos veces más alta que ella, pero no era la altura en lo que se fijaba Boro, sino en sus gestos, en sus hipnotizantes ojos que le habían mirado con rabia minutos antes, en su cola castaña, casi rubia, moviéndose junto a su cuerpo, en su sonrisa y en su risa. Cuando quiso darse cuenta, Júlia, la tutora, ya había empezado a nombrar a los primeros de la lista, que se sentaron en primera fila por parejas.

—Iván Boro —dijo.

Las «charletas» de fondo cesaron en cuanto se escuchó ese nombre. Era desconocido para todos y, por tanto, atar cabos para descubrir a quien pertenecía no era muy difícil. Boro avanzó dejando atrás las miradas de sus compañeros y recibiendo las de aquellos seis que estaban en el aula. Se acercó a la primera mesa tocando a la ventana de la segunda fila y se sentó rompiendo el insufrible silencio al arrastrar la silla. Júlia se volvió hacia su tableta y con su dedo índice deslizó hacia abajo. No debía ver muy bien de cerca, porque aun iba por el inicio de la lista como para bajar tanto la pantalla. Boro pensó que las gafas eran de pega.

—Oh, si... Ágata Escuadra —prosiguió.

Ágata, que permanecía justo al lado de la puerta, echó una rápida mirada al interior del aula y, seguidamente, soltó la mano de su amiga. No le cuadraban las cuentas.

—¿Es una broma? —empezó.

—¿Perdón? —preguntó Júlia inclinando la cabeza hacia la joven, como si

eso fuera a aclararle los oídos.

—Yo siempre me siento con Sole. Nuestros apellidos van seguidos, debe de estar equivocado eso —dijo acercándose bruscamente a la Tablet que Júlia de inmediato escondió contra su pecho.

Ágata se detuvo, su ceño se había fruncido casi sin querer, estaba enfadada, descolocada. El resto de los compañeros la miraban. Volvió atrás y cogió la mano de Sole para calmarse. Júlia apartó lentamente la Tablet de su pecho y centró su atención en revisar la lista, después comprobó que cada alumno estuviera sentado en el puesto correcto dentro del aula y dijo:

—No hay ningún error. Soledad Fernández es la siguiente. Al haberse incorporado un nuevo alumno la distribución de la clase cambia —Ágata la miró seca, intentando no explotar de rabia. Su amiga y ella iban a estar todo el curso separadas y encima iba a tener como compañero al pesado que le había manchado la camisa de café y que acababa de arrearle un puñetazo a su novio. —Por lo que Ágata debes sentarte al lado de...—Júlia volvió a mirar la Tablet —Iván Boro. Exactamente eso.

Ágata soltó la mano de Sole y avergonzada entró en el aula a paso rápido y cabizbaja, para evitar así la mirada de Boro que la siguió durante el corto recorrido a su lado. Ágata se sentó tensa sin decir nada. Simplemente cruzó sus piernas, apoyó su espalda contra el respaldo de la silla y fijó sus ojos en un punto de la pizarra, tratando de no mirar a su derecha, donde los ojos de aquel chico aun seguían encima de ella, como buscándola.

Cuando Júlia acabó de organizar la clase, guardó su Tablet y cerró la puerta del aula. Sobre su mesa había un tocho de folios que cogió y empezó a repartir uno a uno por orden de filas.

—Vamos a hacer una prueba de nivel...

—Perdón —irrumpió Boro levantando la mano —¿Cómo que una prueba de nivel?

Ágata puso los ojos en blanco, en parte por la sorpresa de ver tal educación en un chico que acababa de pegarle un puñetazo a su novio y lanzarle al suelo y también por la ingenuidad de la pregunta.

—No os preocupéis —empezó Júlia mientras seguía repartiendo folios — simplemente es la prueba de nivel de cada año para orientar a los profesores...

Júlia siguió explicando cuando Boro desconectó toda su atención para centrarla en el folio infinito de preguntas por delante y por detrás donde

mezclaba en sus enunciados palabras como: cosenos, teoría humanista, generación del 27 y raíces cuadradas, entre otras. Sus dedos se tensaron al ver el nivel que requería el instituto y que él sabía perfectamente que no tenía. Pensó en Esteban, en el esfuerzo que había hecho por matricularle allí, por acogerle en su casa y por absolutamente todo. No le importaba sacar un 3 en aquella prueba, le daba miedo no estar al nivel de la clase, de ir suspendiendo examen tras examen como le sucedió en el instituto anterior los últimos dos años. Su pasado le perseguía, aunque se hubiera marchado a kilómetros de su ciudad. Durante la primera media hora se las ingenió para mirar de reojo las respuestas que iba escribiendo Ágata, estaban lo suficientemente cerca como para poder copiar todo lo que estaba redactando, solo rezaba por qué fuera la típica listilla de la clase, y por lo poco que llevaba ahí, todo apuntaba a qué esa teoría era afirmativa.

De vez en cuando Boro hacía ver que pensaba, soltaba un resoplo o cambiaba de postura en la silla de forma exagerada, cosa que llamaba la atención de Ágata, quien le iba mirando extrañada de vez en cuando. Aquello formaba parte del plan mental de Boro para que ella pensase que simplemente se estaba esforzando en buscar una respuesta y no la estaba copiando en cada pregunta.

Pero la subestimó, y en un momento dado ambas miradas se cruzaron.

—¿Se puede saber qué coño haces? —le susurró a Boro.

—Pues el examen —dijo el joven quitándose de culpa— pero vaya que si quieres estar de charleta mejor espérame fuera, que si me hablas ahora me desconcentras —le dijo haciendo ver que escribía concentrado en su examen.

Ágata enchinó sus ojos enrabiada.

—¡Pero tendrás morro! —soltó Ágata, vigilando que Júlia siguiese inmersa en su Candy Crush sentada en su mesa— Me estás copiando...

—Che —interrumpió Boro— que no te estoy copiando.

—No, y tampoco le has dejado un ojo morado a mi novio —ironizó Ágata.

—Tu novio es un boca chancla.

—Chicos —los miró Júlia levantándose de su asiento— el examen se hace en silencio y es individual.

Ágata le sonrió y la profesora volvió a sentarse, aunque tardó unos segundos en volver a meter su vista en el juego de la Tablet. Cuando Boro se aseguró de que Júlia estaba completamente distraída inmersa en su

juego, dijo volviéndose hacia Ágata:

—Bueno, vale —susurró, a lo que Ágata le hizo una mueca —pero es que nadie me avisó de esto, no tengo ni puñetera idea de responder ningún ejercicio. Hazme el favor.

—Un favor, ¿a ti? Después de haberme derramado el café y de haberle...

—...pegado un puñetazo a tu novio, sí. —la interrumpió con burla. Ágata lo miró cabreada— Va, por favor, no quiero que me echen nada más empezar.

—No caerá esa breva —soltó Ágata.

Dobló el folio por la mitad y se levanto para posteriormente entregárselo a Júlia. Al volverse sonrió hacia Boro, quien se frotó los ojos en una mueca de lo que parecía agotamiento.

**

La salida de Los Morales a medio día era un caos de niños y hormonas. Muchos de los pequeños se marchaban con sus hermanos mayores y muchos otros los recogían sus padres en coche o moto. La verdad es que el colegio estaba bastante alejado de los vecindarios, había que subir muchas carreteras vacías hasta encontrar tu casa. Boro fumaba un cigarro en el aparcamiento de motos alejado de todo el jaleo de gente saliendo de clase mientras esperaba a Samuel. En un momento dado apareció aquella larga coleta inconfundible con la que había compartido aproximadamente cuatro horas. Iba de la mano de Cristóbal, que tenía cara de molestia. Se pararon en frente de una moto oscura. El chico soltó la mano de su novia para colocarse el casco y antes de cerrárselo ella le dijo algo, como un consuelo para calmarlo. Le dio un beso y después él montó en su moto y se fue.

Segundos después llegaron Lucía, Raigo y Samuel. La niña se bifurcó y corrió hacia su hermana. Ágata le dio un abrazo y le cogió la mochila. Después le dio la mano y cruzaron la calle camino a casa. Boro soltó la última calada de humo mientras observaba la espalda de aquella chica alejándose del colegio.

—¡Ala! ¿Fumas? —preguntó Raigo fascinado.

Boro lo miró y sonrió.

—Sí... pero porque yo soy mayor, enano. —Luego miró a Samuel, quien lo miró con los ojos en blanco —Oye, tu qué, ¿estás enamorado de esa niña o algo? —señaló.

Los seis ojos se volcaron hacia Lucía y Ágata, quienes iban siendo cada vez más diminutas.

—¿De Lucía? —preguntó Samuel riendo.

Boro asintió.

—Hombre, la persigue por los pasillos, ahora salen los dos juntitos del cole... Chaval, —Boro se agachó a la altura de Raigo— si te gusta la enana, no puedes ir por ahí picándola y robándole las cartas, ¿vale?

—Pero ¡¿qué dices?! ¡¿Cómo me va a gustar mi prima?! ¡Puaj! —soltó Raigo.

—¿Qué es tu prima?

Samuel se reía.

—Claro, por eso le estaba intentando robar la carta, porque quería robarle la idea para regalarle a Ágata, mañana es su cumple, ¿sabes?

—Entonces, ¿Ágata también es vuestra prima?

—Claro —dijo Raigo — porque son hermanas.

El niño empezó a andar agarrándose ambos brazos de la mochila, sintiéndose digno de aquella conclusión que acababa de descubrir a su nuevo "hermano" Boro. Este se quedó atrás con Samuel, quien negaba con la cabeza mientras reía. Le dio un golpe en el hombro y siguió a su hermano. Boro los contempló andar a unos metros delante suyo y no pudo evitar morderse el labio al sonreír. Por alguna extraña razón, aquello lo habían hecho feliz.

Aquella noche la familia Escuadra se arregló para ir a cenar a casa de los tíos. No era novedad, durante la temporada escolar, de cuando en cuando los primos se juntaban y cenaban juntos, ya fuera en casa de Ágata o de

Samuel. Al día siguiente Ágata cumplía diecisiete años, por lo que, a parte de inaugurar las cenas familiares tras el cierre del verano, también estaban de celebración. La joven se puso un ajustado vestido color rosa palo de tirantes y dejó su larga melena secarse al aire tras la ducha. Ágata no es de maquillarse mucho, simplemente se puso un poco de colorete y crema de pestañas. Lo que sí hizo fue repasarse el color de las uñas: azul eléctrico. Le encantaba. Después de acicalarse ayudó a su hermana pequeña a meterse en un conjunto de falda y camisa blancos y le hizo dos trenzas de raíz. Cuando ya estuvieron las pequeñas preparadas, ambas bajaron las escaleras ateniéndose a las llamadas de sus padres, que las esperaban con la puerta de casa medio abierta.

—¡Vamos, vamos! Ya veras el tío Esteban...—le dijo Pilar a Ágata mientras la acompañaba hacia afuera acariciándole la espalda —, espero que haya hecho platos fríos porque a este paso deben de estarlo ya.

Ágata se rio. Lucía le cogió la mano a su hermana y cruzaron la carretera.

—Me ha dicho tu hermano que han traído al hijo de Olimpia, que se quedará este curso aquí para que pueda acabar el instituto —comentaba Santiago a su mujer, mientras las niñas charlaban pocos metros delante.

Ágata se volvió extrañada. Sonreía a su hermana sin quitar oído de lo que comentaban sus padres. Algo le había comentado Samuel al inicio del verano sobre que un amigo suyo de la infancia se iba a quedar en su casa, pero no lo entendió muy bien.

—Sí... Pobre chico ...

—Lo que no sabía que el marido estaba preso.

—Hay tantas cosas que no sabemos de esa familia, Santi...

De pronto aquel pobre chico salió de la verja de la casa tras Raigo y Samuel para dar la bienvenida a sus vecinos. Los ojos de Lucía se abrieron como platos. Soltó la mano de su hermana y salió disparada hacia él mientras chillaba:

—¡Boro!

El rostro de Ágata empalideció. Sus músculos se relajaron, relajó sus hombros. Su postura esbelta desapareció. Su madre y su hermana avanzaron hasta la verja dónde besaron y abrazaron a sus familiares, mientras, Ágata se quedó pasos atrás, sus hombros se relajaron. Su postura ya no era recta y esbelta y su mirada no se apartaba de la de los ojos de Boro, quién la miraba mientras se presentaba a su madre. Ágata

soltó en un leve e inevitable susurro:

—Estás de puta coña.

Capítulo 2

Sentados todos en la gran mesa de centro de la casa de Esteban y Sonia, empezaron a charlar de diversos temas, sobre el colegio, la selectividad, la universidad que quería escoger Ágata, etc. Aunque antes de todo aquello, la joven se quedó pensando en la presentación que Esteban había hecho sobre Boro alegando que es uno más de la familia.

—Por asuntos familiares, su madre me pidió que, si podía quedarse en el pueblo y terminar el instituto, así que lo acabaré con vosotros.

Todos parecían conocerlo bastante, la madre de Ágata y Esteban más que ninguno, también Sonia, su tía, y sus primos parecían tener la misma confianza con él que con Ágata. La chica, sin embargo, no paraba de darle vueltas a la cabeza «¿de dónde había salido?» «¿por qué todos lo trataban como un primo más?» «¿por qué su madre no le había hablado nunca de él?». Todas sus dudas las resolvería preguntándole a Samu, él y Ágata eran como hermanos, y al observar la confianza con la que charlaba y se comportaba con Boro, parecía conocerlo mejor que ninguno. Nadie mejor que él para contestar a cada una de sus preguntas con sinceridad.

—Vosotros ya os conocíais, ¿no? —empezó Esteban mirando a Ágata y luego a Boro— vais a la misma clase.

Ágata sonrió con ironía y pensó «por desgracia».

—Sí, algo de cuenta me he dado —dijo.

Todos los adultos sonrieron mirando a ambos.

—Ágata es la mejor de su clase —empezó Sonia— si necesitas ayuda ella te puede enseñar todo lo que necesites.

Boro la miró. Estaban justo enfrente el uno del otro, empapados por los tíos, los padres de Ágata y los niños a su alrededor, que charlaban en una conversación paralela sobre de qué mar venían los langostinos que estaban intentando pelar por su cuenta.

—Ya —empezó Boro—, algo de cuenta me he dado.

Ágata lo fulminó con la mirada. Los adultos empezaron a preguntarle a Boro cosas sobre su vida, cómo estaba su madre, si todavía seguía con la floristería que tenía en Barcelona y que si algún día podría venir a verlos y hacer una barbacoa. Boro se mostró educado y respondía con monosílabos. A veces intentaba decir algo más, pero se quedaba en el

intento. Ágata pensó que estaba tratando de buscar una buena mentira para cada pregunta que le hacían.

—Samu, ¿recogemos? —le dijo Ágata a su primo cuando todos hubieron terminado.

Los niños también se ofrecieron, pero no le importó, iban a la suya. Cuando se desplazaron pocos metros atrás, donde se encontraba la cocina americana, Ágata colocó los platos sucios sobre la encimera copiando a su primo, y antes de que este se pudiese dar la vuelta para seguir recogiendo utensilios de la mesa, Ágata lo agarró de la muñeca.

—¿Quién coño es este tío? —preguntó susurrando.

Samuel frunció el ceño extrañado. Se miraron durante unos segundos, Ágata hoy era más alto que él por los tacones que llevaba, pero sus ojos seguían prácticamente a la misma altura.

—Iván,—empezó— es Iván.

Ágata se quedó igual. Sus ojos entornados preguntaron.

—¿No te acuerdas? —empezó— jugamos muchas veces con él en el Álamo.

El Álamo era el orfanato que tuvo su familia durante varios años. De hecho, su madre y Esteban habían vivido allí toda su vida, no eran huérfanos, pero el negocio familiar les hacía pasar la mayor parte del día allí, jugando con los demás niños.

—Es el hijo de Olimpia, a Olimpia sí que la conoces, ¿no? —prosiguió Samuel en un último susurro, después de volver a la mesa a por más platos.

Ágata se quedó ahí plantada junto a la encimera encerrada en sus pensamientos. Sí que conocía a Olimpia, por supuesto que la conocía, era como una madre para ella. Antes venía más a San Clemente, sobre todo a ver a Pilar, pero durante mucho tiempo dejó de hacerlo. Tras morir la abuela de Ágata, el orfanato se vendió y el Álamo dejó de ser el punto de encuentro para los hijos de Pilar, Esteban y Olimpia. Los tres se habían criado juntos en el Álamo, Olimpia había llegado casi de bebé, sin padres y creció con Pilar y Esteban y otros más niños haciéndose inseparables. Cuando cumplieron la mayoría de edad muchos de ellos se marcharon del orfanato para hacer su vida. Pilar y Esteban se fueron a la universidad y Olimpia se quedó trabajando como profesora en Barcelona. Ágata no recuerda nada más fuera de lugar que le hubiera contado su madre. Simplemente el Álamo se vendió cuando ella cumplió los seis años y desde

entonces ya no ha vuelto.

Aquel orfanato era precioso, nada que ver con los que salen en las películas que ella había visto, era una gran casa de campo rodeada de parques y vegetación, justo a las afueras de San Clemente, en la ronda que lleva a Viladecans. Pasó buenos momentos de su infancia allí, siempre rodeada de niños y amigos con los que jugar, también con Samu. Pero poco después que la madre de Pilar y Esteban muriera, vendieron el Álamo y compraron parte de las acciones de Los Morales. Se al norte de San Clemente y se establecieron en unos preciosos chalés adosados, uno frente al otro. Compraron tres chalés juntos, según Esteban, para tener más inversiones. Este último está alquilado a una pareja joven con tres críos pequeños. Aún así, entre miles de recuerdos fugaces que le fueron apareciendo en la cabeza, no recordaba a Boro.

—¿Ya te has iluminado? —preguntó Samu medio en broma volviendo de su segundo asalto de recoger más y más platos.

Los padres seguían riendo y charlando, hablando de cosas a las que Ágata no prestaba atención. Lucía y Raigo ya se habían cansado de recoger y se sentaron en el salón a jugar a un juego de parchís virtual.

Ágata le hizo una sonrisa irónica a su primo enchinando sus ojos. Quería recordar a cada uno de los niños con los que jugaba en el Álamo, pero fue imposible, solo mantenía el contacto con una sola niña de todos aquellos críos con los que pasaba su verano en aquella enorme masía. Se preguntó si las anticonceptivas aparte de haberle hecho engordar unos kilos le podrían causar también pérdidas de memoria, pero luego eliminó aquella teoría estúpida de su cabeza.

—Bueno, vale, precisamente de él no me acuerdo —susurró echándole un vistazo a Boro— pero eso no responde a mi pregunta, ¿por qué se queda aquí? —preguntó en un tono de desesperación.

—Hay una movida con sus padres, no sé exactamente el qué... —empezó Samuel en la oreja de su prima —, pero debe ser algo muy chungo si envías a tu hijo al culo del mundo para esconderlo.

«¿Para esconderlo?» Se preguntó Ágata mientras no dejaba de observar el cogote de Boro. Se fijó con como tenía delineado el pelo, rapado por detrás y un tupé arriba. Su cuello se desdibujaba sobre sus fuertes hombros, que dejaban marcar la fuerza de sus bíceps apoyados sobre el filo de la mesa. Por un momento Ágata creyó recordar algo, pero ya no sabía si era fruto de su imaginación o era real. Se preguntaba si Boro se acordaría de ella. Si lo que decía Samuel era cierto y Boro era uno de la pandilla con los que jugaban de críos, se habían conocido mucho antes que Ágata a su actual vida. Mucho antes que a Cristóbal. Mucho antes que aquel segundo en que chocaron en el vestíbulo del colegio y le derramó el

café sobre la camisa. Una rara sensación le recorrió el cuerpo.

**

Cuando hubieron terminado de tomar la tarta de chocolate que Pilar había encargado en la pastelería más famosa del pueblo y que Ágata hubiese soplado las velas bajo los ojos de su familia y de un completo extraño, fueron los adultos esta vez los que, mientras charlaban, iban de arriba abajo acabando de recoger la mesa y ayudando a Sonia y a Esteban a limpiar la cocina. El banquete que habían organizado para celebrar el cumpleaños de Ágata no era poco. Los chicos se quedaron en la terraza. Hacía una noche cálida, de las últimas de verano. Los pequeños estaban en su empeño de construir un Playmobil gigante que tenía Raigo guardado en su habitación desde la última Navidad. Al final, Samuel se sentó con ellos en el suelo empedrado intentando reorganizar las minipiezas de colores. Ágata los observaba sentada en el sofá-columpio, con las piernas cruzadas y haciéndose pequeña frente a Boro, quien también los miraba, sentado en una de las sillas de madera fina de la terraza.

—¿Y tú hasta cuando te quedas? —soltó Ágata de pronto.

Boro tardó unos segundos en alzar la vista, pero sabía perfectamente que esa pregunta era para él.

—¿Qué pasa? ¿Ya me estás echando de menos?

Ágata puso los ojos en blanco.

—Más quisieras —espetó mirándole fijamente a los ojos, penetrando en aquel iris castaño que se mantenía a pocos metros del suyo —¿Vas a responder a mi pregunta?

—Pues no lo sé —soltó —hasta que mi padre salga del trullo y se arreglen con mi custodia. Pero vamos, espero haber cumplido los dieciocho para entonces y largarme de Barcelona.

Ágata se mantuvo indiferente. Había oído a sus padres hablar sobre el presente del padre de Boro. Aún así, quedaban preguntas pendientes sin respuesta. Todavía.

—Ya no estás en Barcelona —le recordó.

Él sonrió.

—Por suerte.

Después de unos segundos de silencio rotos por la destreza de construir aquella fortaleza en miniatura, Ágata iba a decirle algo más pero entonces Esteban llamó a los tres chicos con una extraña seña y Samuel los apresuró. Ágata no le dio demasiada importancia. La joven aprovechó aquel minuto a solas:

—Le has dejado un ojo morado a Cristóbal —dijo.

—¿Sí? Qué lastima. No se ha llevado la bronca del señor director, ¿no? Verdad, eso no.

Ágata enchinó los ojos.

—¿En serio eso es lo que te importa? Seguramente mañana nos llamará a todos para hacernos una especie de interrogatorio y nos dará la chapa para que no volvamos a hacerlo, alegando que el colegio es un lugar de compañerismo y futuro. ¿Pero sabes qué? Que el ojo morado a Cristóbal no se le va a quitar hasta dentro de unas semanas, y el viernes en la fiesta de mi cumpleaños va a tener que ir con la cara hecha un cuadro por tu culpa.

Le soltó de golpe.

—A la niña solo le importa como queda su querido príncipe en el bodegón de su feed de Instagram, ¿no? Qué bonito es el amor, joder.

—Oye ¡qué te den! —Ágata se levantó del columpio de golpe.

De pronto Lucía y Raigo vinieron corriendo, gritando su nombre. Los tres jóvenes aparecieron escoltados por cuatro padres sonrientes. Boro suspiró. En parte porque aquella chavala la sacaba de quicio con sus contestaciones de pija consentida y caprichosa y por otra parte porque ver aquella estampa familiar en aquella casa que era cinco veces la suya, le provocó sentimientos encontrados, entre furia y tristeza. Tragó saliva y se levantó acercándose a Ágata. Ella estaba abriendo los regalos que le iban sacando los peques de una bolsa enorme. Primero unos zapatos de tacón color negro de una marca impronunciable pero que le había hecho mucha ilusión. Después sacó una caja enorme Calvin Klein en la que había ropa interior, tres conjuntos de sujetador y braguitas de tiro alto, rosas, grises y negros. Aquello le dio un poco de vergüenza, no por su familia, sino porque tenía Boro al lado clavando sus ojos en cada regalo. Aquello la tensó y guardó los conjuntitos rápido. Terminó con unos pendientes largos que acababan en perla y un bolso blanco que llevaba pidiendo desde hacía tiempo, también de marcas impronunciables. Después, abrazó a los

peques y a sus tíos dándoles las gracias.

—Va a ir Boro a tu fiesta, ¿no? —empezó Esteban.

Ágata no desvaneció su sonrisa, pero en sus ojos se encontraba la respuesta clara y directa, aunque solo Samuel se dio cuenta.

—Sería buena idea, así conoce a los chavales sin estar en el colegio.

—No hace falta tampoco —se excusó Boro.

—Es verdad, —empezó Ágata —la especialidad de Iván es el colegio.

Eso fue la primera vez que Ágata decía su nombre, aquello le gustó a Boro, no sabía por qué, pero alimentaba su ego, le hizo sentir distinto.

Samuel se rio ante la contestación de Ágata. Solo había pasado un día y ya se había corrido por todo el colegio la leche que le había propinado el nuevo a Cristóbal, el apuesto y envidiado Cristóbal.

—Que venga —empezó Ágata después de estar rumiando unos segundos por dentro. Después se volvió hacia Boro, quien estaba a su lado, rozando codo con codo —será divertido.

Capítulo 3

Iván esperó a que Samu saliese de casa apoyado en la verja marrón cobrizo que rodeaba el chalé. Se encendió un cigarro al salir bajo el sonido de una moto que bajaba a velocidad reducida por la calle norte. No pudo evitar mirarlo. Era una Honda de color gris y el piloto vestía una chupa negra y un casco color verde pistacho. No pudo evitar sentir fascinación y envidia a la vez. Él siempre había querido una. El sentimiento le desapareció cuando observó que llevaba los pantalones granates del uniforme y unos mocasines iguales que los suyos. Además, llevaba un casco extra recogido en el brazo izquierdo de color rojo. Paró delante de la casa de Ágata.

—Vamos, no me jodas —espetó para sí.

Sentía rabia de haber tenido envidia de un tío que no había tenido tiempo de odiar, pero ya lo hacía. A la vez que Samu salía, también lo hizo Ágata. Vio como se ponía el casco rápidamente y se subía con destreza y rapidez a la Honda de su novio.

—Nosotros no tenemos chófer, ¿no?

Samuel suspiró a la vez que iniciaba su marcha hacia el colegio. Boro lo siguió, tirando el cigarro terminado al suelo.

—Los días que los críos entran más tarde Cristóbal siempre la recoge.

—Aquí sois todos muy pijos.

Samuel se rio y dijo:

—Unos más que otros.

**

Tras tres horas de clase sentados el uno al lado del otro, Ágata y Boro bifurcaron sus caminos el descanso. Él salió fuera, justo apoyado en la puerta abierta de entrada. El viento soplaba en contradirección, por lo que el humo del cigarro no lograba penetrar en la sala de recibidor donde se encontraban el resto de los alumnos, sentados en mesas, tomando café y charlando. Ágata lo miraba desde dentro. Estaban sentadas en una

redonda mesa, tomando el desayuno, Desirée daba le daba la espalda, pero su delgada constitución permitía a Ágata tener una visión de frente de Boro.

—¿Qué miras tanto? —dijo Sole dirigiéndose a Ágata.

Desirée se giró dejando su castaño pelo liso rozando casi el café caliente que tenía delante. Sole hizo lo mismo, siguiendo la mirada de Ágata hacia la única dirección a la que acudían sus ojos: Boro.

—Yo también lo miraría.

—¡Desi! —empezó Sole— es el tío problemático de ayer que le partió la cara a Cristóbal.

—No seas exagerada, fue una pelea de niños —prosiguió la chica— Además, está bien bueno.

Ágata puso los ojos en blanco.

—Es amigo de mi familia, está viviendo con mis tíos —por fin soltó.

—No jodas —empezó Desi.

Sole, a su lado puso los ojos como platos. Ambas esperaron a que Ágata quitara sus ojos del chico para ponerse a dar explicaciones.

—¿Qué pasa? —dijo, por fin, mirándolas.

—Que nos cuentes este culebrón, tía —dijo Desi.

—Simplemente tiene movida con su familia y mi tío se ofreció a cuidarlo y meterlo en el colegio —empezó. Tras un insoportable silencio, prosiguió□. No sé, es algo raro, nos conocemos desde hace mucho, pero no me acuerdo de él.

—Pero, si vive con tus tíos, es como si fuese tu primo, ¿no? —empezó Sole recalculando algo en su cabeza.

—Ni de coña, vamos —soltó Ágata—. Esto es temporal, hasta que acabe el curso y se vuelva con su madre.

—Tía, pero si te lo tiras no es incesto.

—¡Desirée!

—Por dios —suspiró Sole.

Desirée se reía mientras Sole se tapaba la cara por vergüenza y Ágata seguía inmutada, mirando a Boro.

—Hay algo raro —empezó.

—¿Raro?

—Ese tío oculta algo, lo sé.

Los ojos de Ágata seguían cada movimiento del chico, estaba segura en sí misma que cualquier movimiento que hiciera, cualquier palabra que dijera o cualquier cosa extraña que percibiera le llevarían a recordar quién es y sobretodo por qué está aquí. El timbre sonó, pero para sus oídos solo fue en segundo plano, como el sonido del mensaje de un móvil.

—Vale, detectiu Conan —empezó Desi—. Hora de ir a clase.

Tras dos horas inaguantables de matemáticas y economía, Boro salió disparado al exterior para destensarse encendiéndose un cigarro. Fue el primero, y segundos después, decenas de estudiantes de distintos cursos iban pasando por su lado de camino a casa.

—Fumas como una carretera —empezó una voz cálida a su lado.

Boro se giró a su izquierda y bajó la mirada un poco más arriba de sus hombros. Algo en su barriga se removió al ver aquellos enormes ojos claros clavados en los suyos, como si quisiesen encontrar algo oculto. Echó el humo de su boca hacia el otro lado para evitar aneblar la clara nitidez que había entre los dos.

—¿Me espías o qué?

Ágata sonrió.

—Un poco.

Boro iba a hacer lo mismo, de hecho, la comisura derecha de sus labios se levantó hacia arriba, mirando como Ágata daba un paso adelante y se ponía enfrente de él, dejando su pelo lacio caer sobre sus hombros, bajo sus pechos, perfeccionando la forma acorazonada de su rostro. Pero entonces apareció Cristóbal y aquellos segundos de lo que parecía silencio y complicidad se desvanecieron.

—¿Qué hay, amor? —dijo plantándole un beso a Ágata sin dejar de mirar a Boro con cara de pocos amigos.

Ágata le sonrió, se quedó prendada de su rostro con la cabeza inclinada, mientras él se mantenía firme frente a Boro, discutiendo con los ojos. Pero antes que alguno pudiese articular palabra aparecieron los pequeños correteando a la salida, entre ellos Lucía, que sujetaba una gran cartulina.

—¡Boro, Boro! —exclamó acercándose al chico, pegando saltitos para alcanzarle.

—¿Qué pasa, renacuaja? —contestó este, soltando el cigarro medio empezado al suelo y pisándolo, mientras se agachaba a su altura.

—Mira —empezó tendiendo la cartulina —, tenemos que hacer un mapa conceptual de la familia, en plástica. ¿Me ayudarás?

Ágata entornó los ojos sorprendida y a la vez avergonzada. No le había contado a Cristóbal que Boro era su vecino-primo, algo raro. No pretendía ocultárselo, pero hoy siendo su cumpleaños, todo el día recibiendo felicitaciones de todo el mundo por los pasillos y casi sin haberse visto, no había tenido tiempo.

—Si quieres te ayudo yo, Lucía —intervino Cristóbal. Boro alzó la vista y lo miró sonriente ante su aparente envidia—. Quiero decir, que está tarde iré a tu casa, con tu hermana.

Lucía se lo pensó. Pero no por decidir si aceptar o no su ayuda, más bien pensó en cómo negarle la idea.

—Es que... Es un mapa conceptual sobre la familia, y como tú no eres de la familia....

Ante tal respuesta, Boro soltó una carcajada automática que enfureció a Cristóbal. Pero no hubo tiempo a discusión, porque Boro se levantó mirando al frente, observando las señas que Samuel le hacía desde la verja de salida del colegio, junto a Raigo.

—Bueno, muy interesante la charla, eh, pero nosotros nos vamos —empezó cogiendo la mano de Lucía y atravesando entre Ágata y Cristóbal.

Lucía se volvió hacia su hermana sonriente y esta, le devolvió una sonrisa forzada, sin llegar a entender la confianza que se había establecido en tan poco tiempo entre su hermana y él.

—Este tío es un gilipollas de carrera —dijo Cristóbal entre dientes.

—Ya... —empezó ella meditando aquella espinita que le quedaba rondando por la cabeza y que por fin soltó—. Es... Está viviendo con mis primos —añadió Ágata casi en un susurro.

Cristóbal frunció el ceño mirando como su novia se escondía cabizbaja.

—¿Cómo? —empezó, y ella solo tuvo tiempo de alzar la vista—¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Lo sabías antes o después de haberme llevado al suelo?

—¡No! —exclamó ella en un tono que parecía casi furioso—No, Cris, lo supe después. Además, esta mañana he estado muy liada con las chicas, hemos estado planificando la fiesta del viernes en los descansos. Te juro que no lo sabía.

Cristóbal suspiró. Cogió a su novia por los hombros y la miró fijamente. Tras unos instantes de meditación, abrió los ojos y se encontraron con los suyos, unos centímetros más abajo.

—Te quiero, ¿lo sabes?

Ella sonrió.

—Claro que lo sé, Cris.

Se despidieron y quedaron en verse aquella tarde, pues Cristóbal decía tener preparada una sorpresa por su cumpleaños.

La vuelta a casa fue tranquila. Los niños caminaban unos metros delante charlando sobre sus cosas de clase, sobre todo en cómo organizarían su mapa conceptual familiar. Detrás, Samuel, Ágata y Boro, en ese orden, alejándose de cualquier problema, Ágata charlaba con su primo y Boro se limitaba a escuchar, interviniendo de vez en cuando con un sí o un no.

—¿Y tú? —empezó Ágata volviéndose por primera vez en todo el camino hacia Iván.

Este, se apartó el cigarro de la boca, se volvió sorprendido e inmerso en sus pensamientos, que despertaron al encontrarse con aquellos ojos, casi grises que volvían a causarle un sentimiento extraño.

—¿Qué?

Ágata puso los ojos en blanco.

—¿Que como piensas ir al local?

—¿Qué local?

Ambos, Samuel y Ágata suspiraron exasperados. Boro se quedó perplejo ante tal acto, como si aquella pregunta fuera tan obvia como para no tener una respuesta simple.

—El Marero. Es el local donde Ágata celebra la fiesta el viernes. Está en lo alto del pueblo, cerca de Viladecans —intervino Samu—. Se ve que les faltan coches. Tu sabes conducir, ¿no?

—Ah vale —empezó Boro—. Ahora entiendo porqué la princesa estaba tan dispuesta a invitarme a su fiesta ayer. ¿Necesitáis un chófer? —continuó subiendo el tono de ironía cada vez más. Ágata puso los ojos en blanco y Samu sonrió camuflándose cabizbajo—. Pero si ya tienes a tu príncipe, reina. No me necesitas.

Le dio unas palmaditas a Ágata en la espalda y se bifurcó un poco, avanzando hacia los pequeños. Esta no se dio por vencida y avanzó su paso hacia él, dejando atrás a su primo.

—Samu me comentó ayer en la cena que habías estado conduciendo el tractor de Vicente en la montaña Roja, que habías estado el verano trabajando en su cultivo de cerezos.

—Mira, guapa —se detuvo Boro haciendo un ademán con la mano frente a ella— me parece muy bien que quieras montar una fiesta de pijos en la montaña o en la cima del Everest, pero es que tu y yo no hemos empezado con buen pie, hace un día le dejé un ojo morado a tu novio y ahora soy el apestado de la clase, así que deja de hacerte la interesada y ten un poco de amor propio.

Boro avanzó a su paso dejando a Ágata plantada detrás suya, quien estaba dispuesta a rogarle incluso que fuera a su fiesta, no solo por el coche, ya que podría conseguir fácilmente que la llevaran sus padres, sino porque había algo en ella que le pedía a gritos que Boro debía estar en aquella fiesta y aún más, al sentir aquella punzada tras oír la frase "ten un poco de amor propio".

Samuel la alcanzó en dos pasos, no quería interrumpir su charla, pero estaba lo suficientemente cerca como para haberlo escuchado todo.

—Tiene un mal día. No te preocupes, yo le convengo.

Ágata lo miró con una rabia que no se merecía. Se mordió el labio inferior y se volvió para continuar su camino detrás de Boro, manteniendo una distancia terriblemente lejana, y detrás de ella Samuel. Ahora en lugar de

ir en fila, iban en columna y ya no charlaba nadie, sino que iban todos en silencio.

Al llegar a casa, Lucía se despidió de Raigo, Samuel y Boro, pero Ágata solo hizo un ademán general con la mano y se metió dentro detrás de su hermana. La joven aprovechó aquella tarde para terminar los primeros deberes del curso de economía y, rápidamente, después de comer se duchó, se puso top azul marino y unos pantalones de chanda grises y bajó con el pelo húmedo a seguir avanzando una lectura que tenía que organizar para la semana que viene en clase de debate.

Sentada en el balancín de la terraza, concentrada en las teorías del pensamiento de Descartes, la puerta de atrás se abrió de par en par, provocando en ella un salto corporal del que ella misma podría haberse reído. Y lo miró. Boro cerró la puerta tras él. Iba vestido con una camiseta negra de Calvin Klein que le iba un poco apretada, enseguida supo que se la había dejado Samuel. Él no tenía mucha pinta de vestir de punta en blanco como ellos, eso pensaba Ágata. Su pelo también lucía mojado, como sus pantalones, de un gris jaspeado, que dejaban ver algunas gotitas de agua en él. Ágata pensó que se habían sincronizado perfectamente y aquello le provocó una sonrisa que la embaucó sin darse cuenta de que le estaba mirando.

—¿De qué te ríes?

Ágata despejó su mente alborotándola en un movimiento leve y rápido que escondió mientras se levantaba y cerraba el libro tirándolo sobre el balancín.

—¿Qué narices haces entrando así en mi casa?

Su sonrisa se desvaneció, pero la de Boro no.

—Calmadita, eh —empezó—, que ha sido Esteban quien me ha pedido que mire el cuadro de calefacción— dijo señalando con el brazo el estante cuadrado que había sobre los sillones de la terraza, justo al lado de los ventanales—. Me ha dicho que entrase por la puerta de atrás.

Ágata se cruzó de brazos y le lanzó una mirada asesina.

—¿Que pasa que como ahora vives con mi familia te piensas que eres parte de ella y puedes entrar aquí a tus anchas?

A Boro se le borró la sonrisa de la boca. Aquel corte le hizo sentir despreciado, un sentimiento que llevaba cargando tras sus espaldas desde que era niño, y que quería evitar a toda costa. Por una parte, no la culpaba, era un extraño que acababa de llegar y parecía querer desmontar todo su reino. En el momento en que Ágata vio el impacto que había tenido esa frase en él, se sintió, en parte ganadora, por haber empatado aquella pelea de gatos que empezaba a nacer entre los dos, y por otra parte culpable, incluso triste, porque eso era lo que veía en él ahora: tristeza.

—Mira, paso de movidas contigo. Habla con tu tío si quieres, pero a mí déjame en paz —le soltó él avanzando hacia el cuadro de calefacción.

Ágata no le dijo ni hizo nada más. Se limitó a sentarse en el balancín a continuar leyendo su libro. Aunque su concentración fracasó. Delante de ella estaba un chico, bastante atractivo, toqueteando cables y mirando luces. Sus pantalones de chándal le marcaban el trasero y no pudo levantar los ojos de encima de su cuerpo. Lo recorrió como quien va con primera puesta en el coche, lentamente, hacia arriba, donde sus brazos tensados marcaban los grandes bíceps y su ancha espalda. Tenía el tatuaje de una flor en el antebrazo, detrás, y otra frase en el otro, que no pudo leer bien desde la distancia. Aquella carrera terminó en cuanto Lucía salió corriendo a la terraza con unos colores y unas cartulinas en sus manos y le pidió chillando a Boro que le ayudase con un trabajo del colegio.

—Vale, enana. Acabo de mirar esto y te ayudo.

Lucía sonrió y contenta se fue dando saltitos hasta sentarse en una de las sillas de la mesa del comedor, extendiendo bien la amplia cartulina y colocando los materiales que le faltaban.

Unos minutos después, Ágata se decidió, cerró el libro y rompió la brecha de su cabeza que le impedía y a la vez le daba la oportunidad de entablar una conversación con Iván.

—¿Cómo es que sabes de electricidad y todo eso?

Boro no se volvió completamente, sino que giró un poco la cabeza, lo suficiente para que Ágata se enterase que la había oído.

—Cuando no te dan nada, aprendes las cosas tu solo —dijo.

—¿Por eso me copiabas el otro día en el examen de orientación?

—¿Cómo? —dijo Boro, volviéndose completamente.

Ahora estaban frente a frente.

—Me refiero que... por lo que dices, parece que no has tenido una buena educación.

—Digamos que en mi colegio en lugar de máquinas expendedoras de zumos de frutas y chicas con faldita y corbata, había camellos y las clases olían a tabaco.

Ágata se mordió el labio inferior y se quedó callada. En ese instante nada pasaba por su mente, tan solo lo miraba. Miraba como el sol cruzaba la mitad de su rostro, dejando un lado iluminado, y otro completamente oscuro. El día y la noche. El cielo y el infierno. Él y ella. Sus ojos estaban preciosos y parecían tener una pequeña capa de bondad en ellos.

—No todo es de color de rosa, reina —dijo rompiendo el silencio que los atravesaba a los dos.

Se volvió, dio un par de vistazos más y luego dijo:

—La calefacción está bien. Le diré a Esteban que el problema no es vecinal.

—¿Qué pasa?

—La calefacción no nos funciona —dijo haciendo un ademán con la cabeza, señalando la casa vecina, mientras esperaba a que Esteban le cogiese el teléfono —, creíamos que era una bajada común, pero vosotros la tenéis perfecta, y todo lo demás está bien.

Ágata quiso decir algo, nada importante, solo seguir con la conversación, pero entonces Esteban descolgó el teléfono, porque Iván empezó a hablar con él y a explicarle la situación, dando vueltas sobre si mismo. En ese momento supo que era tarde y ya debía irse a arreglar para cuando Cristóbal la pasase a buscar, por lo que se levantó del balancín y se dirigió a su habitación.

Cristóbal llegó media hora después, de hecho, fue Boro quien le abrió la puerta. Cristóbal pareció petrificarse. Ambos se quedaron callados, pero momentos después este hizo un ademán de querer entrar. Boro no se hubo fijado en el ramo de rosas que llevaba en la mano y en que iba vestido de punta en blanco, con una camisa blanca y unos vaqueros claros. Este avanzó a Boro, conociendo cada rincón de la casa, haciéndose dueño de ella y yendo a saludar a Lucía. Boro lo siguió a una distancia considerable, volviendo a sentarse en la silla donde había estado durante una parte de la tarde.

—¿Qué hacéis? —dijo Cristóbal con condescendencia, más por cotillear que por parecer simpático.

Lucía alzó su vista unos segundos para mirarlo, ya que estaba muy concentrada en recortar en pequeños cuadrados, los marcos de cartulina donde iban a ir enganchadas las fotos.

—Un árbol generológico. Es como un mapa de mi familia, entonces hemos puesto a mis padres, a mis tíos a Ágata, a Raigo...

Continuó nombrando a gente, pero Ágata bajó con ondas en el pelo y medio maquillada, sujetando un rímel y un perfilador de ojos en una de sus manos y rápidamente se dirigió a apartar a Cristóbal de lo que podría crear problemas.

—Vamos arriba, Cris —dijo Ágata agarrando la mano que le quedaba libre.

Pero este ni se inmutó.

—¿Un árbol genealógico? —empezó Cristóbal observando una cartulina rosa extendida sobre la mesa, medio rellena con nombres que él consideraba de su familia, prácticamente. —¿Y... él está? —preguntó dirigiendo una mirada a Boro, quien se la devolvió en un instante que duró milésimas de segundo.

Ágata puso los ojos en blanco y volvió a insistir una vez más tirando de él, pero este se resistía un poco.

—Sí, porque ahora Boro es uno más —dijo Lucía con total naturalidad, sin alzar la mirada del bote de pegamento que intentaba abrir.

Ágata consiguió que Cristóbal le hiciese caso, tirando de su brazo una vez más y conduciéndolo escaleras arriba. Mientras tanto, Lucía seguía enganchando trocitos de cartulina y Boro sonreía mientras la miraba, porque en alguna parte dentro de ella, veía reflejada una bondad y una pureza infinita que no había conocido nunca.

Capítulo 4

Unos cuarenta minutos después, Boro y Lucía seguían en la misma posición, acabando la manualidad del árbol genealógico que él le prometió que le ayudaría a terminar, cuando el silencio se vio interrumpido por el sonido de unos tacones que cada vez quedaban más cercanos a ellos. Lentamente, un delgado cuerpo envuelto en seda negra apretada bajaba unas escaleras con una delicadeza que Boro jamás había visto. Lucía un vestido de tirante fino negro, con unas ondas de seda que hacían destacar su figura todavía más, no les llegaba a las rodillas, por lo que gran parte de sus muslos se veían, cosa que parecía incomodarle, porque Boro se dio cuenta en cuanto cruzaron miradas, que enseguida se estiró el vestido hacia abajo con cierto disimulo.

Su pelo lucía más liso que antes, Boro pensó enseguida que se lo había alisado con la plancha, y sin pretenderlo no pudo evitar quedarse ensimismado, no había otra cosa que le llamase más la atención de una chica que su cabello y el de Ágata era muy característico. Aunque era de noche, y tan solo las luces de la cocina estaban encendidas, el cabello de la joven seguía viéndose dorado, de un castaño muy clarito. Iba maquillada, sus claros ojos iban encubiertos de una sombra oscura y una línea negra en el ojo que se los almendraba aún más. Su nariz brillaba y su mandíbula y pómulos estaban más marcados. Llevaba los labios pintados con un gloss muy sutil de color rosa ceniza y el moreno del verano la hacía lucir aún más bella. La acompañaban un bolso negro de marca de cadena dorada y unos tacones del mismo color bastante gruesos que estilizaban sus delgadas piernas aún más. Al lado de Cristóbal, eran casi de la misma altura entonces.

Boro imaginó en un pensamiento fugaz, cómo luciría él a su lado, en cómo esos dos enormes ojos la podrían mirar cien por cien de frente y castigarlo por lo que pasó el primer día de clase.

—¡Ala! ¡Qué guapa! —exclamó Lucía al ver a su hermana. Esta sonrió.

Cristóbal, a su lado, no dudó un segundo en adelantarse un paso para ponerse a su altura y cogerle de la mano, como si fueran uno. Él, iba arreglado, con una camisa de color veis y unos tejanos rectos, pero al lado de Ágata, no había nada que pudiese hacerle sombra. Las miradas de Lucía y Boro, unos metros más abajo, sentados bajo la luz tenue de la cocina mezclada con la del anochecer que entraba por la terraza, seguían persistiendo en Ágata. En toda ella. Entonces, Cristóbal interrumpió aquel necesario silencio:

—¿Nos vamos?

Ágata tardó unos segundos en dirigir su mirada a Cristóbal. Asintió sonriéndole, pero antes de volverse del todo en dirección a la puerta, Ágata se dio cuenta de la carga de responsabilidad y cara que estaba vertiendo sobre Boro. Sintió vergüenza.

—Voy a llamar a mamá —se dirigió a Lucía mientras buscaba el móvil en aquel diminuto bolso que colgaba de su hombro izquierdo—, no pueden tardar mucho en llegar.

Los padres de las niñas llegaban muchos días tarde cuando no trabajaban desde casa, sobre todo porque eran invitados a congresos de bolsa, o a reuniones importantes con directores de empresa y otros accionistas.

—No te preocupes —empezó Boro antes de que Ágata terminase de marcar, esta alzó la vista, vergonzosa, tímida —, yo me quedo con ella hasta que vengan.

Lucía dibujó una sonrisa pícara en su cara.

—No hace falta, eh, de verdad... Si deben de estar al caer.

—En serio —la interrumpió Boro, con una voz cálida—. Podéis iros, yo me quedo.

Ágata se quedó en silencio mirándole, perpleja por su detalle, y a la vez agradeciéndole que se quedase con su hermana. Cristóbal se puso a la altura de su novia para volver a agarrarle la mano. Aun así, Ágata y Boro se quedaron aun sujetándose la mirada, esperando a que alguno de los dos la apartase primero, pero ambos parecían tener algo que decir, pero no físicamente, sino en silencio. Por un momento Ágata creyó ver algo a través de él, creyó reconocer al niño con el que jugaba de pequeña: Iván Boro.

—Gracias —soltó aun con un poco de vergüenza en su voz. Y después de aquel simple "gracias", sus miradas se desconectaron.

Cuando caminaban hacia la puerta, Cristóbal le comentó algo a Ágata al oído, asegurándose que él no los escuchara.

—¿De verdad te vas a fiar de ese tío? —Cristóbal se señaló con el dedo el moratón en la nariz que había intentado ocultar su novia minutos antes con maquillaje y que ahora lucía de un verde clarito. — A penas lo conoces.

—No te preocupes —empezó ella—, es como de mi familia, siempre lo ha sido. No quiero hablar más de esto, es mi cumpleaños. Quiero ir al

restaurante y pedirme el plato de paella más grande para compartirlo contigo, ¿vale?

Cristóbal la miró, le estaba haciendo ojitos, ojitos almendrados de ahora un color oscuro frente a un destello de luz en ellos y él al final cedió. Siempre cedía.

—¿Paella para cenar? ¿En serio?

Ágata se rio.

—Tengo mono.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Lucía se levantó de un salto y recorrió el recibidor escondiéndose tras el sillón veis del salón, observando desde la ventana como Ágata se subía a la moto de copiloto.

—Creo que necesito ayuda, eh, Lucía —dijo Boro sin dejar de mirar aquella niña-bala.

—Sht —la niña se volvió agachada hacia él con una gran sonrisa—. Ya se han ido.

Posteriormente Lucía se levantó y se dirigió a coger una enorme caja de madera antigua que decoraba el salón de una manera muy curiosa, estaba en el último estante del mueble, en el más bajo, por lo que Lucía podía llegar fácilmente, y nunca nadie rebuscaba por allí, por lo que Ágata nunca podría haber descubierto su regalo.

En cuanto Boro vio que la niña pretendía sacar la enorme caja del mueble ella sola, se levantó de un salto y rápidamente fue a ayudarla.

—¿Dónde piensas ir con esto, Hulk? ¿Qué hay dentro?

Lucía se rio. Lo pusieron sobre la mesa de centro y ambos se sentaron en el sofá. Lucía hizo los honores y abrió la caja. En su interior había algunos sobres desperdigados con fechas aleatorias sobre ellos, mucho polvo y alguna que otra telaraña. La niña cogió el sobre con el número 19 y sacó de dentro un papel de un color blanco brillante, nuevo.

—Es la carta para Ágata. Me tienes que decir si está bien escrita porque quiero que esté orgullosa de mí.

Aquel mensaje en la voz de Lucía le había parecido enternecedor. No sabía cómo ni por qué tan rápido, pero sentía hacia esa niña un vínculo de protección y adoración inexplicable, y sabía que ella pensaba lo mismo. Para ella, él no era el bruto chico nuevo que le había pegado un puñetazo

a su cuñado, sino uno más de la familia del Álamo.

—Se la tengo que poner esta noche sobre la almohada, así cuando llegue la leerá y ese será su último regalo de hoy.

Boro sonrió.

—Venga, yo te ayudo.

El chico cogió la carta y sentó a Lucía en su regazo. Mientras leían juntos la carta Iván pudo observar varias muestras de faltas de ortografía propias de una niña de ocho años, como por ejemplo "ermana" sin "h", o "tu" siendo pronombre sin acento. Cuando terminó de marcarle las cosas que él creía que estaban erradas (tampoco él era García Lorca y temía estar equivocándose o saltándose algo), le pasó la carta a Lucía, quien empezó a escribirla de nuevo en un papel de color rosa pastel, con líneas rojas de pauta sobre él. Mientras Boro levantó la caja haciendo un esfuerzo descomunal para poder guardarla en su sitio. Encontró lógico que la dejaran allí abajo, era imposible elevarla, pesaba demasiado. O aquella madera era dura de la buena o no encontraba explicación para ese peso solo conteniendo papeles.

—El árbol como que lo acabamos mañana, ¿no? —dijo recuperando aire.

La niña lo miró con una gran sonrisa en la boca y asintió. Al instante la puerta se abrió y aparecieron Pilar y Santiago. Ninguno pareció sorprendido al ver a Boro allí de canguro, él supuso que Ágata los había avisado en cuanto se marchó. En lugar de eso, ambos sonrieron al chico agradeciéndole que se hubiese quedado con Lucía aquella tarde y a la vez disculpándose por llegar tan tarde a casa.

—Nunca te hagas inversor de bolsa, hijo. Una vez has empezado y te va bien, los empresarios te comen el día.

Boro no supo que responder así que se limitó a sonreír y a asentir.

—Quédate a cenar, Iván.

Insistieron tanto que, aunque él se negó alegando que no quería molestar, al final se encontraba sentado en la gran mesa de comedor enfrente de Lucía, esperando a que le sirvieran un plato de solomillo con caldo de ajos y setas.

Estuvieron charlando sobre las inversiones que iban a hacer ahora, cosa que poco interesaba a Boro, aunque hiciera ver que sí, sobre si iría a la fiesta de cumpleaños de Ágata aquel fin de semana y también si había hecho amigos en aquellos dos días en el nuevo instituto. Después de cenar Boro ayudó a recoger la mesa, aunque Pilar le pidiese varias veces

que no hacía falta hacerlo y, posteriormente Lucía lo acompañó a la puerta de la terraza.

—Venga, enana, nos vemos mañana.

—Boro, ¿tú que le vas a regalar a mi hermana?

Aquello lo pilló de improviso. ¿Regalarle algo? Pero si apenas la conocía, y lo poco que la conocía, ya le había sacado de quicio alguna que otra vez. Lucía lo miró con los ojos achinados, mostrando su rostro pensativo y, a la vez, analizando cada uno de sus gestos. Por un momento creyó que la niña podía averiguar que algo en su hermana le había despertado algo por dentro, algo que nunca había sentido y que quería evitar a toda costa, al menos de momento.

—Un paseo en coche el viernes —contestó.

Lucía puso una mueca.

—Una princesa no puede ir a su fiesta de cumpleaños escalando a pata una montaña.

Capítulo 5

Los cuatro estaban de pie, plantados frente a la mesa del director. Sus rostros lucían cada cual más distinto: Desirée se mantenía distraída mirando y observando aquel santuario de profesores, papeleo y seriedad, Boro, a su lado, estaba clavado en el suelo como un guardia de seguridad, agarrándose ambas manos por delante, alzando la cabeza como queriendo mirar a don Roberto por encima, posibilidad nula frente al metro noventa y cinco de aquel señor que los tenía a raya frente a él. Ágata se mantenía firme, con ambos brazos cruzados, apoyada sobre su cadera derecha junto a su novio, que se sujetaba la barbilla con la mano con ligera sutileza, esperando a que don Roberto abriera debate. Por otro lado, Soledad se mantenía retraída, a escasos pasos detrás de Cristóbal.

—Dadme una buena razón para no castigaros a los tres —espetó don Roberto dirigiéndose al trío central.

Cristóbal hizo un gesto con su mano señalando el morado que tenía en la nariz, cada vez de un color menos intenso.

—¿Nada?

—Empezó él —dijo Boro.

—¿Pero qué coño dices? —Cristóbal rompió su postura para volver todo su cuerpo contra Boro— ¿Tú has visto lo que me hiciste? ¿Qué clase de alumno corriente hace eso? Don Roberto, creo que no se deberían permitir agresiones así en el colegio —dijo sin dejar de señalarse el morado del ojo.

Boro se mordió la lengua y por un momento deseó que la persona que tenía a su derecha de pelo lacio y castaño irrumpiera y contase cómo había sido todo en realidad, pero no lo hizo. En su lugar, se mantuvo callada mirando al suelo.

—Tiene usted razón, no podemos permitir este tipo de comportamientos, y mucho menos al empezar el curso —confirmó don Roberto dirigiendo una mirada firme a Boro.

—Usted es libre de hacer sus elecciones, pero será siempre prisionero de sus consecuencias —interrumpió una voz.

Desi se reincorporó, dio un paso adelante y se puso a la altura de Boro, le

llegaba por la nariz.

—¿Cómo dice? —preguntó don Roberto perplejo.

Todos los demás se volvieron hacia Desi, generando rostros y muecas de sorpresa y desconcierto.

—Es una cita de Pablo Neruda. ¿Recuerda cuando lo dimos el año pasado en literatura?

—Señorita Corral, ¿qué tiene que ver eso con toda esta situación?—intervino don Roberto.

Cristóbal se inclinó levemente hacia Ágata.

—¿Qué narices hace? —susurró.

—Pues que hay que aplicar al mundo lo que se nos enseña. Fue Cristóbal quien empezó. Ágata y Boro tan solo hablaban, ni siquiera se estaban peleando. Discutían —aclaró—, y Cristóbal buscó la pelea provocándole. Por lo que ese acto fue la consecuencia de que Boro le pegase un puñetazo.

—No es justificación.

—Claro que no es justificación —repitió Desirée—. Solo estoy recordando una frase que me marcó muchísimo en aquellas clases de literatura que daba tan amenas —empezó sin que él pudiese notar el tono sarcástico con el que lo decía—. Cada acto tiene su consecuencia y Cristóbal se merecía esa ostia. Yo me fío de Pablo Neruda, ¿usted? —dijo cuestionando la posible e inminente decisión de don Roberto.

—Desirée, ¿qué coño dices? —chilló Cristóbal reincorporando su cuerpo.

Ágata lanzó una mirada a su amiga de sorpresa. Esta se encogió de hombros.

—Es la verdad, Cristóbal. Sentiste que venían a invadir tu territorio y, adivina, Ágata no es de tu propiedad y nunca lo ha sido.

Don Roberto se vio tan acorralado en ese momento, no por los cuatro críos que tenía ahí delante, sino porque el curso apenas llevaba cuatro días de inicio y no quería problemas con el A.M.P.A ni la junta directiva, por lo que decidió dejarlo pasar esta vez, aun imponiendo un castigo de ayuda administrativa a Cristóbal y a Boro.

—Escuadra, tú harás de mediadora —sentenció, y antes de que esta

podiese abrir la boca, don Roberto prosiguió —Podéis iros a clase.

Ágata salió la primera a paso rápido seguida de Cristóbal, Boro, detrás, observó como este intentaba tener algo de tregua con ella, pero Ágata se resistía, hecha una furia, nada que no sorprendiese a Boro.

—Vaya genio se trae tu amiga, eh —dijo.

Desirée se volvió hacia Boro, iban al mismo paso, el uno al lado del otro, junto a Soledad, que permanecía callada y cabizbaja.

—Cuando no tiene las cosas bajo control —explicó—. Se tensa.

—¿Se tensa?

—Cosas de virgos —bromeó—. Por cierto, de nada por salvarte el culo.

Sole se rio de fondo. En cuanto Boro se percató de su presencia se volvió hacia ella, era muy bajita, más de lo que había creído cuando la vio junto a Ágata. Enseguida se sonrojó y miró cabizbaja.

—Eh..., sí. Gracias, Desirée, de verdad, te debo una.

—Desi —le corrigió sonriendo—. Me debes una, ¿no? Esta noche me invitas a una cerveza y en paz.

Boro se lo pensó, porque no sabía como tomarse aquellas palabras. No quería malinterpretarla, se acababan de conocer y no deseaba un tipo de acercamiento desafortunado.

Desirée era una chica muy guapa, tenía el pelo castaño rojizo y bastante largo, con unas ondas muy naturales y perfectamente peinadas. Sus ojos eran castaños y aquellos dos colores de su ser contrastaban a la par con su tez morena. Su mirada era bastante furtiva, provocativa, incluso observadora y un tanto peligrosa. Boro pensó que parecía sacada de una película de vampiros. Pero él tenía algo claro, en cuanto miraba a la gente a los ojos podía ver la bondad en ellos, y por mucha provocación y deseo que pudiese ver en los de Desi, también se había dado cuenta de que era una persona buena.

Finalmente, sin querer caer en un malentendido, asintió a la propuesta de la chica. Al fin y al cabo, no iban a estar solos: era la fiesta de Ágata. A Boro no le daba miedo nada, absolutamente nada, excepto una cosa: el compromiso.

Como cada día hasta ahora, los chicos volvían juntos a casa. Mientras los pequeños, Lucía y Raigo, charlaban de Dios sabe qué, Samuel y Ágata mantenían conversaciones diversas sobre profesores que ambos habían tenido, feminismo, literatura y algunas otras cosas de las que Boro se mantuvo al margen, a su mismo paso, junto a Ágata, pero alejado, en sus pensamientos con el tercer cigarro del día en la boca. Dándole vueltas a algo, a muchas cosas y a la vez a absolutamente nada. Dejaron a Lucía y a Ágata en la verja, y justo cuando Raigo y Samuel se alejaban hacia su casa y Lucía se introducía en el interior de la verja de la suya, Boro sujetó a Ágata por el brazo. Esta se volvió.

—¿Qué pasa? —preguntó extrañada.

—Dile a tus amigos que a las diez en punto aquí.

—¿Cómo? —empezó perpleja.

Sus dos enormes ojos amarillentos desconcertaron a Boro durante unos instantes. ¿Era la misma chica dura y con carácter a la que se había enfrentado derramándole un café el primer día de clase? ¿O era la niña con aquella mirada dulce que le había echado el día anterior agradeciéndole que se quedase cuidando de su hermana pequeña? Boro despejó sus pensamientos y se reinició.

—Tu fiesta. ¿No querías un chófer?

Los ojos de Ágata se pusieron como platos, su rostro se iluminó y sus mofletes colorados dejaron ver la alegría que le habían causado esas palabras.

—¿En serio? ¡Dios, no sabes lo que te lo agradezco!

De pronto se lanzó encima de él como acto reflejo y esté le devolvió el abrazo. Pero aquella sensación de abrazarle era tan extraña que enseguida se despegó.

—Que... —Ágata escabulló sus ojos al suelo y se recolocó un mechón de pelo tras la oreja —... bueno estás invitado, por si no te quedaba claro... que no iba en coña.

—Hombre, reina, solo faltaba —ironizó Boro.

—Tendrás que hacer dos viajes —empezó Ágata, Boro puso los ojos en blanco—. Somos seis, Cristóbal llevará en su moto a Rey y luego volverá a por otros dos amigos. El padre de Desi llevará a los demás en la furgoneta

y tú... Bueno, te los presentaré, son chicos de clase, os llevaréis bien.

—No me cabe la menor duda —dijo Boro en un tono que sonaba de lo más sarcástico.

Su sonrisa fue una clase de despido, porque se volvió enseguida y desapareció en la verja de enfrente. Durante todo ese trayecto, Ágata se mantuvo observándole en toda aquella escena, mordiéndose el labio inferior.

—Solo lo necesito esta noche, Esteban.

—Cuando cumplas los dieciocho te lo dejaré.

—Es ridículo, me lo dejaste en verano, me conozco las rutas del pueblo.

—En verano estaba vacío, si te pilla la policía se me cae el pelo a mí y a ti te prohíben conducir de por vida.

—No me van a pillar.

—Es viernes noche, ¿Cuándo y donde te crees que hacen los botellones los críos en este pueblo? Muy sencillo: hoy y a las afueras, lejos de la urbanización.

—Nos iremos a las diez. La noche no empieza técnicamente hasta las doce. Además, vamos a una casa que ha alquilado Pilar, no hay nada...

—He dicho no. Puedes coger la moto.

Aquella discusión con Esteban puso a Boro de mala leche, tanta, que al estampar la mochila contra el suelo de su cuarto acabó por partirlo. Un pequeño trozo de parquet saltó dejando un ligero agujero frente a la cómoda. Se sentó en la cama a pensar. No le provocaba rabia no tener el coche para la fiesta, más bien que Esteban no se fiase de él. ¿Por qué ahora lo trataba diferente a la libertad que le había dejado en verano? -o más bien, siempre- ¿Por qué esa exigencia de repente? Aquellas preguntas recorrieron la mente de Boro sin encontrar respuesta alguna. Entonces, sacó el teléfono y escribió un mensaje para Ágata:

¿Tus padres tienen el coche libre? Esteban lo necesita hoy.

A los pocos minutos recibió respuesta.

Pasan este fin de semana en Madrid. Tenemos coche :)

A las diez menos cinco Boro estaba plantado en la verja de enfrente esperando a Ágata frente a la pequeña luz del porche que iluminaba gran parte de la calle. Iba vestido con una camisa negra que tenía para ocasiones especiales (que eran pocas) y unos vaqueros de ese mismo color, agregando un cinturón. Había tardado bastante en arreglarse el pelo y dejarlo liso hacia atrás con ayuda de laca y unas gotas de gomina. No sabía ni por qué se había arreglado tanto, pero quiso hacerlo.

Aun así, todos sus esfuerzos por intentar estar a la altura de la elite en la que se movía su nueva prima, habían quedado totalmente enterrados cuando Ágata apareció junto a su hermana pequeña cogida de la mano. Vestía un conjunto corto de colores liliáceos mezclados, de seda. Sus hombros quedaban al descubierto frente a dos finas tiras cruzadas por su cuello y su espalda se mostraba perfectamente desnuda. Aquella desnudez se potenciaba con el gran recogido en una cola de caballo perfectamente extendida que llevaba. Sus ojos se potenciaban por un cúmulo de sombras negras y toques de purpurina lila y rosa alrededor de ellos y, sus labios, aún más carnosos por el toque de gloss rosáceo que llevaba puesto, le quitaban todo el rostro aniñado y le daba un toque de madurez que volvería loco a cualquier chico.

Boro no supo qué decir, ni ella tampoco cuando lo vio allí plantado diez minutos antes de la hora de llegada.

—Iba a ir a dejar a Lucía con mi tío. Mis padres ya se han ido.

La pequeña se soltó de su hermana corriendo hacia Boro, que la cogió en el aire haciéndole caer la pequeña mochila que llevaba. Empezaron el camino hacia la casa de Esteban los tres, llevando a Lucía en medio sujetada de ambos por las manos. Aquella estampa hizo reír a Boro.

—¿De qué te ríes? —preguntó Ágata mirándole fijamente.

Sus miradas no estaban a la misma altura. Los tacones que había elegido para aquella noche eran más bien unas sandalias blancas con una leve plataforma. Chica lista vistiendo para una noche inolvidable.

—¿Tengo que darte explicaciones de cuando meo, también?

Ágata enchinó sus ojos y puso una mueca de asco.

—Eres un cerdo.

Boro no pudo evitar sonreír. De alguna manera mantener el mal genio de Ágata vivo le divertía a más no poder.

Lucía se intercambió por Samu, que salía retocándose el pelo y desprendiendo un olor reciente de colonia cara.

—Mi padre dice que el coch...

—Tu padre necesita el coche hoy, tiene que hacer no sé qué. Vamos en el de Ágata —interrumpió Boro antes de que Samu pudiese pronunciar palabra.

Dejaron a la niña en casa y los tres volvieron hacia el interior de la casa de Pilar y Santiago para llegar al garaje. Frente a ellos se mostraba un Mercedes negro brillante mate, con las ruedas plateadas y las ventanas traseras tintadas. Boro se quedó con la boca abierta, pero no mostró la sorpresa. Le pidió las llaves a Ágata, quien ya se las había tendido segundos atrás.

—Como le hagas una sola rallada, te dejo calvo —sentenció la joven antes de meterse en el asiento del copiloto.

Boro se pasó la mano por el pelo repeinándose mientras le lanzaba una sonrisa pícara a Ágata, sentada en el asiento delantero, con ambos brazos cruzados, esperando a que algo sucediera. Samuel se metió en el coche, seguido de Boro. Al encender el coche sintió todo bajo su poder. El sonido del motor, la soltura y la ligereza frente al volante le hacía sentir potente, valiente, incluso temerario. Sacó el coche del garaje en dos movimientos rápidos, no tardó en acostumbrarse al ritmo frenético del coche. Boro ya era así, algo frenético.

Tan solo tuvieron que esperar en la acera de detrás unos segundos. Boro ya se había encargado de que Ágata avisase a sus amigos para quedar un poco más alejados de los ojos de Esteban. Si veía a Iván conduciendo el

coche de los padres de Ágata, podría meterse en un buen lío.

Unos minutos más tarde aparecieron dos chicas vestidas con ajustados vestidos brillantes y con bolsos de mano de marca, agarradas de brazo, se pararon frente al coche y saludaron a Ágata y al resto. Se sentaron al lado de Samuel y se presentaron a Boro con un carácter demasiado desesperado y cantoso.

Él las había visto en clase, pero no les había dado la menor importancia. Ágata detuvo el cotarro cuando apenas habían dicho sus nombres.

—Vamos a darnos prisa. Tenemos que hacer dos viajes. El segundo grupo estará aquí a y media.

El camino hasta Montaña Roja fue ameno, no hacía falta radio ni conversaciones incómodas para romper el silencio porque Nerea y Clara ya se estaban encargando de deshacerlo, haciéndole un interrogatorio a Boro que para nada le incomodaba y le desaburría de la monotonía de la carretera en la noche. Entre una de las tantas preguntas sobre cómo le gustaban las chicas, si tenía mascotas o sobre qué música escuchaba, se disputó una que rompió el silencio de verdad:

—O sea que ya tienes dieciocho, ¿no?

—Tengo diecisiete, pero los cumplo en unas semanas. Así que prácticamente los tengo.

—¿Cómo? —dijo Ágata volviéndose hacia él.

Boro se tensó. Tan centrado en la carretera, había respondido al resto de preguntas con total normalidad, y la costumbre de decir la verdad tantas veces seguidas le había metido en una encrucijada. Qué ironía.

—¿Cómo puedes conducir con diecisiete? —preguntó Nerea.

—Yo creí que ya tenías los dieciocho, si conduces de puta madre —intervino Samuel, rompiendo su silencio desde el inicio del trayecto.

—Conducir conduzco, pero sin carne —declaró Boro.

Ágata se echó una mano a la cabeza.

—La madre que te parió —dijo.

—¡Qué fuerte! ¡Estamos siendo totalmente ilegales! —chilló Nerea entre risas.

—Tú, Boro no quiero líos, si se enteran... —empezó Samu.

—Por eso querías el coche de mis padres... —dijo Ágata—. Esteban no lo necesita para nada, sino que ino te lo deja!

—Se te da mejor descubrir cosas que sujetar café —soltó Boro lanzándole una sonrisa—. Todo el mundo tranquilo, nadie se va a enterar de nada. Ya hemos llegado —sentenció entonces.

Samuel y las otras dos chicas se bajaron del coche y se dirigieron al interior de aquella enorme masía frente a ellos. Había luces en el patio y globos gigantes de colores que había estado preparando aquella tarde Ágata con sus padres. Los invitados estaban llegando. Cristóbal estaba allí, con su camisa blanca que tanto gustaba a Ágata y unos vaqueros grises ajustados. La saludó a unos cuantos metros, rodeado por tumultos de personas trajeadas realmente de gala. Ágata lo miró desde el coche y le hizo un ademán con la mano devolviéndole el saludo. Después se volvió hacia Boro.

—Hay que volver a bajar —empezó dirigiendo la mirada al móvil— Nacho, Víctor y Laura están en frente de mi casa.

Boro alzó las cejas.

—¿Y vas a venir conmigo? Joder, princesa, no sabía que disfrutases tanto de mi compañía.

Ágata se levantó del asiento y se acercó hacia él, posándose sobre sus oscuros ojos marrones, frunciendo el ceño y penetrando de forma más agresiva que nunca en ellos.

—Si voy contigo es porque no me fio un pelo de como vayas a conducir mi coche. No te conviene tenerme enfadada, porque hoy me sirve, es mi cumpleaños y no quiero que me estropees la fiesta con tus mentiras de niño, pero mañana igual se me cruza el cable y se lo cuento todo a mi tío Esteban.

Aun a escasos centímetros de distancia, Boro sonrió, deslizando sus ojos hacia los labios rosáceos de la chica.

—No me das ningún miedo, pequeña. —dijo tan seguro de sí mismo, que algo dentro de Ágata acabó por removerse intensamente.

—Arranca el coche.

El segundo viaje fue silencioso. Nada que ver con el primero. Solo durante el trayecto de vuelta a la Montaña Roja este se vio interrumpido por conversaciones entre los nuevos tres chicos que se habían presentado y agradecido a Boro por traerlos. Estos sí que parecían simpáticos. No chillaban ni decían estupideces, por lo que Boro supuso que estaban perfectamente sobrios. Algo que agradecía profundamente.

Al llegar a la Montaña, Ágata se bajó tan deprisa que Boro no tuvo tiempo ni de apagar las luces ni el motor. La perdió de vista entre la muchedumbre. No le dio importancia, sabía que se le pasaría. Empezaba a conocer como funcionaba aquella chica. Un mal genio irracional combinado con un corazón de cristal.

Ágata se unió a Cristóbal, Rey, Desi y Soledad, que ya empezaban a preparar las mezclas y desenfundar los vasos de plástico. Esta, con aun cara de enfado, saludó a su novio plantándole un leve pico. Cristóbal estaba bastante serio, pero ella ni se inmutó.

—No me dijiste que te iba a traer él. Pensaba que hablarías con tu madre —soltó sin dejar de levantar la mirada de Boro, quien se movía por allí rodeado de chicas que se presentaban y contoneaban a su alrededor.

—Ni mis padres ni mi tío pueden enterarse de que estamos metiendo alcohol en esta fiesta. Al final Iván se ofreció. No había otra opción —respondió con un tono aun de enfado en su voz.

—Tu familia no es tonta, Ági, seguro que se saben que zumo de frutas no vamos a beber —soltó Desi sin levantar los ojos del cubata que se estaba sirviendo.

—Cola-caos fuertes —intervino Rey soltando una carcajada.

Desirée y Soledad se rieron. Pero Ágata y Cristóbal, ya separados por algunos metros de distancia, seguían tensos, cada uno con sus propios pensamientos.

—Voy a saludar —dijo Ágata, volviéndose hacia el interior de la masía.

—¿Qué coño le pasa? —empezó Rey mirando a Cristóbal, quien aún iba observando de vez en cuando el paradero de Boro —¿Chicas? — se volvió hacia Desi y Sole al no obtener respuesta de su amigo —ambas se encogieron de hombros.

Desirée ya estaba bebiendo. Cristóbal se puso a su lado y se sirvió tres dedos de ron y el resto de mezcla sin pronunciar palabra. Entonces, antes de volverse y encaminar el mismo camino que Ágata hacia el interior de la casa, dijo:

—Esta noche no será tranquila.

Los tres chicos primero se quedaron algo sorprendidos, pero no le dieron importancia más allá de la que aparentaba. Cristóbal había visto algo raro dentro del coche que conducía el chico nuevo justo antes de que este y Ágata emprendieran la segunda ruta de recogida. No había podido parar de pensar en eso, desde entonces. Por momentos pensaba que era imposible que su novia... y en tan poco tiempo que hacía que había conocido a Boro. Pero cuando lo pensaba le hervía la sangre. Desde que Ágata bajó del Mercedes negro de sus padres y se acercó a él, no le había quitado el ojo de encima a Boro, necesitaba estar seguro de que se mantenía lejos de su novia, y sobre todo, su novia de él.

El inicio de la fiesta estuvo repleto de llegadas de invitados que faltaban, de grupos formados que se saludaban entre ellos, fotos, vídeos y bailes al son de la música de un enorme altavoz que habían preparado el día anterior los padres de la cumpleañera. El interior de la masía era de decoración antigua. La idea principal era mantenerse en el enorme salón, que comunicaba con la enorme terraza donde se habían estado sirviendo los primeros cubatas minutos atrás. Ágata saludaba a todo el mundo que se le acercaba y la felicitaba, iba recibiendo algún regalo que otro y poco a poco el malhumor que le había causado Boro se le había disuelto en cuestión de minutos. No sabía por qué, pero la mera presencia de aquella persona en cualquier sitio que ella misma estuviera le hacía multiplicar por cinco sus emociones, fueran buenas o malas, sobre todo las segundas.

Mientras tanto, al otro lado de la casa, en el minibar, Desi se sentó junto a Boro, quien sujetaba una Coca-Cola y observaba los cuadros de paisajes naturales que tenía justo enfrente.

—¿Ya te has librado? —dijo Desi mirando al grupito de chicas sentadas en los sofás rodeadas de otro grupito de chicos.

Boro se rio.

—Poco tiempo me ha durado la libertad—bromeó.

Desi le dio un codazo.

—¡Oye! No te pases un pelo, novato —soltó riéndose —Yo no voy a ser tan lanzada como esas.

—¿Te has estado fijando?

—No... —dijo cabizbaja, potenciando el rojo de sus mejillas creado por el alcohol —, bueno, solo si tú quieres...

Boro seguía sin mirarla. Estaba concentrado en algo, mirando aquella lata roja, como si en su interior hubiera un gran secreto que descubrir. Sonrió, pero su rostro era aún serio, como de preocupación.

—Lo he interpretado mal —sentenció la joven.

Ella no dejaba de mirarlo a él, y este, por el contrario temía levantar los ojos y encontrarse con los de Desi.

—Eres una chica muy amable, e increíblemente guapa, pero...

—¿Pero? —preguntó intrigada, con un tono incluso de enfado, por haber tocado su ego.

Boro se volvió, aun sonriéndole.

—Pero no estoy hecho para relaciones.

—Uo, frena, caballo.

Ambos se unieron en carcajadas.

—Nadie ha dicho nada de relaciones... —empezó acercándose más a él.

—Desirée... vas borracha.

—Nada —dijo aun acercándose más—. Me entero de todo.

Boro no iba a apartarse, pero alguien apartó a Desi por él.

—¿A cuántas te quieres ligar, campeón? —apareció Cristóbal, Desi se reincorporó perpleja.

Boro se levantó, de modo que ambos se encontraban de nuevo ante una situación bastante parecida a la del primer día de clase.

—¿A cuántas me retas? —soltó Boro casi susurrando.

A los pocos segundos un corrillo de gente ya se había formado a su alrededor.

—¿De qué coño vas, Cris? —chilló Desi.

—Tú cállate. ¿Qué clase de amiga eres que vas defendiéndole después de lo que hizo? Tu amigo soy yo, no él. ¿Qué pasa? ¿Te lo quieres follar?

—Relájate con ella —dijo Boro.

—¿O qué?

Rey apareció de golpe y se aferró a Cristóbal, sujetándolo de los hombros, como abrazándolo.

—Escúchame, vas muy borracho. Es mejor que lo dejes —le comentó casi al oído.

Cristóbal se quedó unos segundos manteniéndole la mirada a Boro, que aun relajado, no creó ningún tipo de mueca en su rostro.

Desi consiguió ponerse entre los dos. Centró sus dos enormes ojos en Cristóbal y aferró su cuerpo al de Boro.

—Lárgate —le espetó.

Rey consiguió hacer que se moviese caminando junto a él. Cristóbal no apartó sus ojos de Boro, de hecho, no los había apartado en toda la noche. Primero estuvo tonteando con algunas chicas que ahora estaban sentadas en el sofá, después se había ido al minibar a por un refresco. No había bebido nada de alcohol en todo lo que llevaban de noche. Después estuvo bailando con otro grupo de chicas diferente y había estado charlando también con Nacho y Victor. Más tarde salió a la terraza y le perdió la vista unos veinte minutos hasta que volvió al minibar a por una Coca Cola. Quería observar sus movimientos, y a cada trago que le daba al ron con Sprite, le molestaban más. Su popularidad iba creciendo, estaba socializando perfectamente, todos parecían querer conocerle, estar de su bando. Desi le defendió en el despacho de don Roberto aquel mismo día. Ágata ni siquiera había pronunciado palabra y, le había pedido el favor de llevarles en coche. Su nublada mente, en ese momento solo veía una conclusión, no era buena y le llenaba de celos. Aquel chaval quería arrebatarse su posición social, y lo estaba logrando a pasos de gigante.

—¿Qué coño te pasa, tío? —le espetó Rey mientras se dirigían a unos largos sofás donde se encontraban Sole y algunos amigos más vitoreando como una chica se desmelenaba a bailar sobre la mesa de centro. Aquella chica era Ágata. Antes de que los chicos pudiesen llegar a sentarse allí, animó a Sole y a otra chica más a subirse con ellas.

—Necesitamos un lugar más alto —espetó Ágata.

Se bajó tambaleando, bajándose con una mano la falda y con la otra sujetando un cubata ya casi terminado.

—Hazme otro, Rey, porfa —le dijo con voz de cansada.

—No —dijo Cristóbal antes de que Rey cogiera el vaso que esta le tendía —. Has bebido demasiado, tienes los ojos rojos, ¿quieres una Fanta?

Ágata carraspeó en forma de carcajada.

—Rey, cárgamelo, porfa —volvió a insistir. Cristóbal se quejó —¿Dónde está Desi?

—Follándose a tu primo —dijo un Cris, con una media sonrisa malvada en su rostro.

Ágata puso los ojos en blanco.

—¿Samu? ¿Qué cojones dices?

—No, no, al otro.

Rey miraba a ambos como en un partido de tenis. Soledad se unió a ellos cogiéndose a su amiga.

—Creo que voy a vomitar —dijo encogiéndose.

Cristóbal se señaló el morado del ojo.

—¿A Boro? —dijo Ágata casi sin voz.

Aquellas palabras ardieron por dentro. ¿Qué coño hacía Desi con Boro? ¿Por qué de todos los chicos que había, tenía que ser él? Pero sobre todo, ¿por qué le estaba molestando eso?

Sole vomitó sobre los pies de Cristóbal tres veces seguidas. Cristóbal se apartó rápidamente mirando sus, ahora, desagradables mojados zapatos.

—Joder, Soledad, qué asco —soltó Rey.

—Me siento genial ahora —dijo la joven sonriendo.

Ágata puso los ojos en blanco.

—Necesito más alcohol —espetó mientras avanzaba hacia el minibar.

Una vez allí revolvió las bolsas del supermercado en busca de ginebra rosa. Cuando por fin la encontró, la abrió de una y se la llevó a los labios. El primer trago fue aliviante que a la vez de ácido. Puso una mueca de asco. Un gran cuerpo se acercó a ella entonces agarrándole la botella.

—¿Qué coño haces, Cristóbal? —chilló llevándola para sí.

—Deja de beber Ágata —dijo—. No voy a aguantarte toda la noche así.

—Muy bien, pues no me aguantes. Déjame.

Dijo intentando emprender su camino hacia un pequeño grupo de gente que bailaba y charlaba junto a las cristaleras que daban a la terraza. No llegó a dar dos pasos rectos cuando su novio la agarró del brazo.

—No hagas que me cabree —dijo.

—Es que hay una cosa que creo que no entiendes y nunca has entendido —empezó Ágata soltándose bruscamente de él y plantándose delante—. No soy tuya, no soy de tu propiedad y nunca lo he sido.

Las palabras de Desi retumbaron de nuevo en la cabeza de Cristóbal. Se tensó y sin saber qué decir dejó que Ágata se marchase y se uniese a Víctor y a Nadia, que desde unos pocos metros, miraban a Cristóbal y le preguntaban si estaba bien. Debían haber presenciado toda aquella pelea.

—Sí, sí. Simplemente quiero disfrutar y como siempre tiene que estar tremendamente insoportable —explicó Ágata mientras se apoyaba en el hombro de su amiga y con el otro brazo se desabrochaba los tacones—. Ayúdame con los zapatos, Nad.

El grupo de chicos de clase que estaban en los pequeños sofás junto al minibar charlando, le hicieron hueco a Ágata para que pudiese sentarse. Cuando se hubo desabrochado las sandalias con la ayuda de Nadia, se dejó caer hacia adelante cogiéndose la cabeza con las manos y masajeándose.

—¿Estás bien? Tienes la vista perdida, Ági —dijo Nadia agachada justo enfrente de ella.

—¡Madre mía, Desirée! No pierde el tiempo... —chilló un chico frente a la cristalera.

En ese instante todos se levantaron corriendo dejando el sofá vacío, excepto por Ágata y Nadia, que se volvieron para ver que era aquello que

causaba tantos vítores y murmullos entre toda la gente levantada. Ágata siguió la estela de todos y se hizo hueco entre todos ellos. Antes de poder contemplar esa escena, ya se lo había imaginado por los comentarios que el resto estaba haciendo, pero verlo le hizo nacer un sentimiento mucho más fuerte. Boro sujetaba por la cintura a una Desi descontrolada por la pasión, estaban besándose. Ella lo acariciaba por la espalda, le cogía de la mejilla con dulzura. Estaba enfadada, Ágata estaba enfadada y perdida a la vez. Levantó la botella rosa de ginebra que llevaba sujeta desde que se levantó del sofá y sin dejar de presenciar aquella apasionada escena, se la llevó a los labios hasta terminársela.

Capítulo 6

Eran las dos y cuarto de la madrugada cuando todo explotó. De pronto Ágata se encontraba sentada de nuevo en mitad de los sofás, a un lado suyo Nadia, al otro, una chica random que no recordaba haber invitado, pero que había visto en el colegio muchas veces, también en la urbanización. Frente a ellos un pupurri de personas sentadas, algunas en otros dos sofás, otras en el suelo, charlando y bebiendo. Eran como unas doce personas en esa parte del salón, justo al lado de la terraza donde veinte minutos antes se habían ensimismado todos viendo el lote que se metían Desi y Boro.

Otro grupito de personas en el minibar rellenándose las bebidas o cogiendo alguna lata. Cristóbal, Rey y Soledad aún seguían en el mismo lugar que antes, otro conjunto de sofás que estaban frente a una chimenea (que obviamente no estaba encendida). Ágata los miró de reojo, ni siquiera se preguntaba si se habían movido de ahí en algún momento o se habían quedado apalancados desde que ella se marchó. Seguramente lo segundo, pero no le interesaba lo más mínimo, creía que era el alcohol que le había afectado negativamente esa noche, estaba de un bajón absoluto y Ágata no tiene bajones en forma de tristeza, sino más bien todo lo contrario.

Ni siquiera sabía donde estaban Boro y Desi, habían entrado en la terraza como marqueses, entre vítores y golpes en el hombro, proclamándose reyes de la fiesta, seguramente estarían acostándose en algunas de las habitaciones de arriba. Ágata había visto alguna pareja que otra subir arriba, pero, de nuevo, seguía indiferente.

—¿Quedan más cervezas? —preguntó a Nadia dejando sobre el suelo una Heineken vacía.

Se relamió los labios.

—Pocas. Pero no deberías beber más, te veo como ida.

—Estoy bien. Pásame otra, Nacho —extendió el brazo sobre Nadia, quien se inclinó hacia atrás para facilitar las cosas, pero para sorpresa de Ágata, no era Nacho el que estaba junto a Nadia, aunque tardó tiempo en darse cuenta. Frunció el ceño—. ¿Nacho?

El chaval le tendió otra cerveza igualmente, y dijo algo, pero Ágata ya tenía en sus manos más alcohol y obvió lo que le dijo. Para más inri, al alzar la vista se encontró al verdadero Nacho, estaba apoyado sobre Boro y Desirée, que estaban separados el uno del otro y charlaban entre los

tres. Puaj. La imagen de Boro y su mejor amiga liándose le produjo un asco tremendo, y no en el sentido «asqueroso». Desvió sus ojos a la moneda que bendecía el centro del suelo y de pronto se dio cuenta de que todo su alrededor se había transformado en una especie de círculo en torno a esta del que ella formaba parte.

—Vamos a jugar a la moneda —le susurró Nadia a Ágata al verla tan desconcertada—. ¿Seguro que estás bien?

Ágata puso los ojos en blanco, odiaba aquel estúpido juego de críos, pero cuando iba borracha perdía la capacidad de lucidez y madurez que tenía, así que no dijo nada.

—¿Cómo es el juego? —preguntó Soledad, de pronto.

—Empiezas tú, Sole. Por la pregunta de mierda que has hecho —dijo Fernando, el cabecilla portavoz de todos los juegos que se hacen en este tipo de fiestas—. Te hago una pregunta en secreto, siempre relacionada con las personas aquí sentadas, y tienes que decir un nombre en voz alta. Cara: dices la pregunta para que todo el mundo la sepa, cruz: te lo callas y solo quedará entre tú y yo.

—¿Por qué tengo que contártelo a ti?

—Es un ejemplo, Sole, el formulador de la pregunta va cambiando —aclaró Sofía, una chica que se sentaba justo enfrente de Ágata.

Esta estaba tan inmersa en su caótica y vacía mente que no se había percatado de que Cristóbal, Rey y Sole se habían incorporado al grupo sofá 1 abandonando el grupo sofá 2, allí, a lo lejos.

—Bueno... —dijo Sole medio convencida. El alcohol les había tocado a todos bastante a esas horas de la madrugada y con la fiesta tan avanzada, por lo que finalmente se convenció del todo.

Cristóbal fue el primero en formular la pregunta a su amiga al oído. Ella al cabo de unos segundos dudando, por fin dijo:

—Ágata.

Esta ni se inmutó, la pregunta no era mala, seguro. Sabía que Sole nunca diría nada malo de ella por lo que se quedó indiferente. Salió cara y tuvo que decir en voz alta la pregunta. Se sonrojó bastante porque todos la miraban.

—Me ha preguntado que con qué chica tendría una aventura.

—¡Qué pregunta más floja, tío! Ágata es su mejor amiga, era una respuesta totalmente obvia —dijo Fernando—. Nadia, te toca. Pregunto yo, porque vaya mierda de preguntas vais a hacer sinó. Escuchad y aprended.

Nadia lo nombró a él, así que dijera lo que dijera, siendo Fernando el nombrado, ya no tenía gracia, pero salió cara y tuvo que decir la pregunta:

—Último tío con el que me he corrido —dijo Nadia con una mueca de molestia y de indiferencia a la vez.

Todos emplearon vítores hacia Fer, y eso era justo lo que ella quería evitar. Nadie la vitoreaba a ella, pero sí a él. Además, nadie se esperaba aquello.

—¿Nadia y Fernando? —decían algunos sorprendidos.

Hicieron dos rondas más con dos chicas de clase que salieron cruz por lo que todos se quedaron con la duda. Ágata se aburría, hacía unos diez minutos que se había terminado la cerveza y le iba entrando el sueño, por lo que de vez en cuando miraba el móvil sin ninguna importancia ni interés, simplemente «por hacer algo». A su alrededor o todos reían a carcajadas y chillaban sorprendidos, o se mantenían atentos a una respuesta, no había término medio.

—Cristóbal —y fue Rey el que le preguntó algo tapando su boca con la mano mientras se acercaba a susurrarle la pregunta.

—Desirée —sentenció.

—¿En serio? —dijo Rey— Pero si está buenísima, tío.

Cris se encogió de hombros sin saber qué decir, pero salió cara y tuvo que proclamarse:

—La última tía con la que estaría.

Ágata resopló. No le importaba lo más mínimo. Podría haber dicho que era la primera tía que se ligaría y también le hubiera dado igual. Más bien, le hubiera reventado por dentro más de lo que había provocado verla liándose con Boro (pero, ¿por qué?), que el hecho de que Cris la hubiese nombrado a ella y no a otra tía. ¿Desirée era tan importante en aquella fiesta? Era su fiesta, no era justo.

—Ágata.

Fernando se abalanzó sobre ella y le hizo una pregunta al oído. Ella sin dejar de mirar al suelo y sin pensárselo dijo:

—Boro.

Cristóbal se tensó, se puso rojo como un tomate, pero nadie se dio cuenta de ello, ni siquiera Ágata.

—Pero Boro no está jugando —dijo Fer.

—Pero está aquí, en la fiesta. Además no puedo mentir. Si quieres te digo otro nombre, pero estaría mintiendo —aclaró ella.

Ágata lanzó la moneda sin importancia, sin hacer eso que hacían algunos de soplarla o esperarse unos minutos concentrados en cómo tirarla. A ella le daba igual. Salió cruz.

—Nada, siguiente. Sofía, te toca —sentenció Fer.

—Dilo —dijo Cristóbal sin dejar de levantar los ojos de Ágata. Parecía muy cabreado. Aún seguía rojo.

Unos segundos más tarde Ágata levantó la vista y se dio cuenta de que la sentencia era para ella.

—Ha salido cruz —dijo.

—Me importa tres cojones que haya salido cruz. ¿Qué coño te ha preguntado?

—No tienes que contestar, eh —dijo Fer junto a Ágata.

—¡Cállate la puta boca! —dijo levantando un brazo hacia Fer, luego se volvió de nuevo volviendo a posar su mirada en su novia —. Di qué coño te ha preguntado para que tú digas «Boro».

Todo el silencio que no había habido en toda la fiesta lo hubo ahora. Alguien paró la música. Nacho, Boro y Desi se acercaron al grupo mayoritario al escuchar al nombrado.

—Es un puto juego de mierda, Cris —Ágata se levantó y extendió de nuevo su brazo hacia el chico de antes —. ¿Me pasas otra cerveza?

—¡Y una mierda!

Cristóbal se levantó y golpeó de una patada una lata que había dejado Ágata en el suelo, vacía. Todos se quedaron con los ojos entornados,

sorprendidos, incluso algunos con miedo.

—¿Qué pasa? —intervino Boro.

—Te callas —advirtió Cristóbal sin levantar la mirada de Ágata pero señalando a Boro con el brazo extendido.

—¿Sabes cuál es el juego de la moneda? —dijo Ágata acercándose a Boro.

El silencio se mantenía y ahora Ágata tenía todo de nuevo justo donde quería; la atención de todos sobre ella. Los tacones de sus zapatos sonaron sobre el parquet.

—Creo que no he jugado nunca. ¿Por qué?

—Cara o cruz. Te hago una pregunta y respondes con el nombre de cualquiera de los que estemos aquí. Si sale cara dices lo que te he preguntado, si sale cruz te callas como una puta. ¿Jugamos?

—Ágata, déjalo ya —le advirtió Rey, que sujetaba a Cristóbal, cada vez más rojo, con los ojos en órbitas y una vena surgiéndole del cuello a reventar. Le susurró al oído a su amigo—. Vas demasiado bebido, será mejor que nos vayamos, tío.

—No, mejor —empezó Cristóbal dirigiendo su mirada a Boro—, vamos a jugar los tres. ¿A cuántas te has follado esta noche? No se vale decir dos nombres.

«¿Dos nombres?» pensó Ágata de inmediato. Cristóbal miró a Desi, que se mantenía expectante, con los brazos cruzados frente a Boro.

—Pero si se lo preguntas en alto no tiene sentido tirar la moneda...
—intervino Sole.

Rey le hizo un gesto con los ojos para que se callase y ella escondió la cabeza entre el resto de las personas que permanecían sentadas.

—No sé qué coño os traéis pero dejadme de gilipolleces. Los dos
—sentenció Boro señalando a ambos antes de volverse.

Pero entonces, en ese preciso instante, Cristóbal se soltó de Rey, quien lo había mantenido a calma sujetándole de los hombros, y se abalanzó sobre Boro pegándole un empujón. Enseguida todo el mundo se levantó y rodearon en un círculo a los dos protagonistas que volvían a enzarzarse en una pelea. Dos la misma semana. Nuevo récord en Los Morales.

—Ha entrado duro, Boro este —comentó una voz entre alaridos.

Algunos iban demasiado borrachos y tan solo animaban, pero otros se bifurcaron para agarrarlos. Ágata se puso en medio.

—¿Qué coño haces?! —le dijo a su novio con los ojos entornados. No podía creerlo.

—Ahora lo defiendes, ¿no? —dijo, entonces se dirigió a Boro, señalando a Desi y a Ágata con sus dos primeros dedos —. No sé qué les das, pero al final acaban defendiéndote.

—Cris, creo que estás fuera de sí y te estás equivocando... —empezó Desi.

—¡Me tomáis por imbécil! —gritó. Se volvió hacia Ágata— ¡Os he visto!

Nadie, absolutamente nadie pronunció palabra. Boro se vio acorralado en una situación que jamás habría deseado vivir, rodeado de lo que parecía una tragicomedia romántica en la que él era el papel principal y que de comedia tenía poca, porque le hacía de todo menos gracia y no le molaba nada. No quería que lo convirtieran en un cotilleo, en un personaje, él era Boro y sabía muy bien lo que hacía y lo que quería.

—¿Qué? —dijo Ágata casi susurrando.

—Os habéis liado en el coche, te has levantado del asiento... Le has dado un puto beso y luego os habéis ido bajando la carretera. Fer lo sabe —volvió la mirada hacia atrás buscando a Fer, y por fin lo encontró, allí, expectante—, díselo. Esa era la puta pregunta, ¿no? ¿Quién folla mejor? ¿Persona que te tirarías si no fuese Cristóbal? ¿O ya te has olvidado de mí? —dijo mirándola de nuevo a los ojos, rojizos por el alcohol—. ¿Dónde lo habéis hecho? ¿En el puente? ¿En nuestra cama? ¿En la parte de atrás del coche de tus padres? Os he visto, en mi puta cara lo habéis hecho. Has sido una auténtica zorra conmigo.

Desi se volvió hacia Boro en búsqueda de respuestas, pero él no la miró. Se mantuvo serio observando aquella situación tan desagradablemente asquerosa, negando con la cabeza, mordiéndose la lengua porque otra cosa no, pero sabía que Ágata tenía el carácter suficiente para callarle la boca.

Esta se acercó a él rápidamente y cuando lo tuvo delante le plantó una bofetada en la cara.

—Vete de mi fiesta.

El silencio duró dos minutos. Dos minutos incómodos en los que los demás aprovecharon para mirarse sin decir nada, pero decírselo todo, dos minutos para que a Ágata se le llenasen los ojos de húmeda agua salada.

—¿Qué te ha preguntado Fer? —susurró Cristóbal con los ojos cerrados intentando mantener la calma.

—Cruz —sentenció Ágata.

Entonces se volvió abriéndose paso entre Boro y Desi. Esta última la siguió hasta el minibar. Cogió la última Heineken de la nevera y se sentó para beberse la primera mitad de un trago. Luego cerró los ojos.

—Ágata, ¿qué demonios acaba de pasar? —dijo Desi a su lado.

—No tengo ganas de hablar, Desirée.

Notó enfado en sus palabras. Y Desi estaba tan desconcertada y dolida por parte de Boro con tan solo de pensar que las palabras de Cristóbal eran ciertas y se hubiera liado con Ágata antes que con ella... que no supo cómo reaccionar o cómo comportarse.

—¿Qué coño te pasa? —Desi le arrebató la cerveza.

—¿Qué haces? —dijo Ágata con indiferencia—. Dame la lata.

—Has bebido mucho Ági, no se te entiende cuando hablas y tienes los ojos más rojos que marrones ahora mismo.

—Dame... la... puta... lata —dijo pronunciando lentamente cada palabra—. ¿Así mejor o no te queda claro?

Desirée la miró desconcertada, decepcionada, triste, incluso, algo enfadada.

—Si no eres el centro de atención te cabreas ¿no? Cuando no puedes controlar lo que pasa a tu alrededor te pones así.

—¿Así cómo?

—Insoportable, cría, inmadura.

Ágata la miró, sonrió y asintió con ironía.

—Vete a follar con Boro y déjame tranquilita.

Cogió la lata con brusquedad y se dirigió hacia el exterior. Necesitaba aire. Estaba tan inmersa en intentar no pensar y en dar los pasos

correctamente sin tropezarse sobre llano que no se dio cuenta de que ya eran casi las tres de la madrugada y aquella masía se había ido vaciando de gente. Cuando logró salir a la terraza tan solo quedaban tres coches de los seis que habían venido. La moto de Cristóbal no estaba. Sintió un punzón en el estómago que duró unos segundos. No quería imaginar que algo le hubiera pasado por conducir ebrio, así que solo rezó por que fuera Rey quien lo hizo. Rey es deportista y no bebe. Pero sabía lo terco que era su novio y cómo la adrenalina de la moto le despejaba de todos sus problemas. Y el de hoy era gordo.

Había algunos grupos pequeños de personas hablando junto a los coches que quedaban o charlando alrededor de la casa, pero la fiesta ya se había dado por terminada con todo lo que había sucedido minutos antes. Se había generado un mal rollo que sería inevitable obviar las habladurías el lunes en el instituto.

Ágata no quiso pensar. Algo se apoderó dentro de ella. Llevaba rato viendo borroso en algunos instantes, sobre todo cuando se movía. No quiso levantarse del sofá a bailar más porque cuando caminaba mínimamente, todo a su alrededor parecía una noria de feria a setenta por hora. De pronto empezó a sentir un dolor en el estómago brutal, pero no de vómito, sino de incomodidad, nerviosismo, malestar. Empezó a subir hasta los ojos y tenía muchas ganas de chillar y de llorar. Pudo conseguir sentarse en el suelo del porche de la terraza agarrándose a un mástil. Se hizo un ovillo y encerró sus ojos entre sus piernas. La falda se le había subido demasiado, pero no le importaba, quería dejar de sentir esa sensación fuese como fuese. Quiso provocarse el vómito para eliminar todo el alcohol de su cuerpo, pero alguien la paró.

—¿Qué haces?

Boro. Ella se echó a llorar.

—No me encuentro bien.

—Hace rato que no te encuentras bien.

Boro le levantó la cabeza por el mentón, sujetándole la barbilla con la yema de los dedos.

—Ágata, ¿cuánto has bebido?

Escuchar su nombre en la voz de Boro fue extraño, pero provocó una punzada en el estómago diferente a las que ella denominaba como «malvadas». Aun así, fue un sentimiento fugaz y ocupando lugar en aquel barullo de sensaciones tan horribles que estaba teniendo.

—No sé. No me acuerdo.

—Enumera todo lo que recuerdes.

—Un cubata de roncola al principio. Luego Rey me hizo otra mezcla no recuerdo de qué... Me acabé el cubata de Nadia... Mmm... Luego una botella de ginebra rosa, tres cervezas. Creo que ya.

—La madre que te parió, Ágata —Boro miró a su alrededor y supo que era hora de marcharse—. Eres demasiado delgada para beber tanto alcohol—. La cogió por debajo de las axilas para levantarla.

—Para, para —le suplicó ella—, me mareo.

—Ya, ya sé que te mareas, pero tenemos que irnos.

Boro consiguió levantarla y apoyarla sobre sus hombros. Su cabeza se balanceaba hacia los lados y mantenía los ojos cerrados.

—Me encuentro muy mal, Iván, por favor...

Cada vez que pronunciaba su nombre, no su apellido, sino su nombre, miles de sensaciones recorrían el cuerpo de Boro. Algunas veces buenas, otras malas. Aun así, en ese instante no prestó demasiada atención. Consiguió sentarla en el banco de madera que había justo al lado de donde la había encontrado.

—Escúchame, eh —empezó volviendo a posar los dedos en su barbilla y atraerla hacia él—. No te duermas, ¿vale? Te llevo al coche y te echo agua. Luego nos vamos a casa. Ágata no voy a dejarte sola.

Ágata sollozó. Lo miró con lágrimas que vertían de sus ojos rojos, chorretones, parecía asustada de verdad.

—¿Dónde está Desi? ¿Sole?

—Se han ido con Fer en su coche. No te preocupes, Fer iba bien.

Ágata estaba sola. Sus amigos se habían marchado. Desi se había ido, seguramente enfadada se habría acoplado al primer grupo que se pusiese rumbo a San Clemente para alejarse de aquella fatídica noche.

Todos, sin alcohol, a la mañana siguiente, verían todo diferente. O eso esperaba Ágata.

—No me dejes sola —le pidió.

—No te voy a dejar sola —le repitió.

Entonces Boro le bajó la falda lo máximo que pudo para que no se le viera nada en el momento en que la cogió en brazos y la llevó hasta el coche. Una vez sentada en el asiento de copiloto el chico sacó una botella de agua fría que se había guardado del minibar y la abrió.

—Echa la cabeza hacia abajo.

Ágata le hizo caso sin hacer preguntas. Este le apartó la coleta y empezó a echarle agua por encima. Ella se quejó con gemidos pero nada más. Luego se la tendió.

—Bébetelo el resto —se agachó frente a ella y observó como se la bebía lentamente —. ¿Mejor?

—Tengo sueño.

Boro no pudo evitar sonreír.

—Vámonos a casa.

El trayecto fue corto y tranquilo. Boro iba mirándola cada dos o tres minutos para controlar que respiraba. No sabía por qué, pero temía que pudiese pasarle algo serio si no estaba acostumbrada a beber. No la conocía lo suficiente para saberlo, pero la cara de terror que tenía Ágata no era la de alguien que estuviese acostumbrado a ese tipo de blancazos. Además, un cuerpo tan delgado era biológicamente incapaz de sostener tanto alcohol sin que pasase una desgracia.

Iba dormida apoyada en el cristal. Observó cada característica de ella. La luz de la noche hacía que su piel se viese brillante, su nariz redondeada, recta, y sus largas pestañas que parecían multiplicarse al jugar con las sombras del cristal. Era guapísima. Para Boro era preciosa. No podía evitar preocuparse por ella tanto como por nadie que hubiese conocido en apenas unos días. Y aunque ya se habían conocido de pequeños, nada era igual. Se sintió, por un segundo, vulnerable. Vulnerable de que algo pudiese pasarle y que se machacase por ello.

—Ágata —susurró. Le cogió del cuello por detrás suavemente y le acarició la mejilla con la yema del pulgar —, Ágata, eh. Ya hemos llegado.

Se frotó los ojos. Y lo miró desconcertada. Cuando volvió en sí se pasó las manos por la cabeza reconstruyendo su coleta y echó la cabeza atrás presionando el reposacabezas.

—¿Vas mejor? —le preguntó Boro.

Ella asintió. Él sintió un alivio.

Bajó del coche, aparcado en el garaje de casa de Ágata y se dirigió hacia su puerta. La abrió, se puso encima para desabrocharle el cinturón en dos segundos y le posó los brazos sobre su cuello con la intención de cogerla y llevarla a su cuarto. No importaba cuantas plantas tuviera que subir con ella a cuestas. Pero no pararía hasta llevarla a su cama y verla dormida y tranquila.

—Puedo sola —dijo.

Boro sonrió y se apartó posando sus brazos a ambos lados en gesto de rendición. Ágata, aun mareada, se sujetaba la cabeza. Cuando consiguió ponerse en pie tuvo que agarrarse a la puerta para no caerse. Boro la cogió de la cintura. Cuando estuvo equilibrada se apartó. Entonces ella empezó a andar sujetándose a cada rincón que veía estable.

—¿Vas a dejar de hacer el tonto?

Boro dio tres pasos y se puso delante de ella.

—Ves como lo que querías era arrimarte —dijo Ágata en tono burlón.

—Cállate —le dijo Boro mientras la recogía de nuevo. Esta vez se dejó.

—Aún me mareo —dijo ella enterrando la cabeza con los ojos cerrados bajo su cuello.

—Es normal.

Subieron las escaleras hasta el cuarto de Ágata. Él nunca había estado en la planta de arriba, así que ella le iba guiando entre susurros.

Una vez llegaron a la habitación de Ágata, Boro no tuvo tiempo de prestarle la más mínima atención a la decoración blanca y grisácea de su cuarto, o al escritorio perfectamente ordenado, la librería que tenía junto a él o al tocador blanco con pompones rosas y mil cachivaches por ahí tirados, sino que se limitó a centrarse en ella, a dejarla delicadamente sobre la cama. Cuando Boro despegó los brazos de Ágata de su cuello esta abrió los ojos.

—No —dijo presionando sobre su espalda —, no me dejes sola, por favor.

—Ágata, no te va a pasar nada.

—Quédate —susurró con los ojos cerrados, esta vez soltándose de su cuello, pero aferrando su mano a su camisa.

Boro no querría nada más en el mundo, en ese momento, que quedarse a ver como Ágata dormía toda la noche. Comprobar que pasaba la noche bien, observar todo su rostro como lo había hecho en el coche. Era mágico. Era bonito.

—Está bien, me quedo. ¿Dónde está la habitación de tu hermana?

«Menos mal que era yo el que quería arrimarse» pensó sarcástico para sí mismo.

—¿Qué? —susurró Ágata aun medio dormida.

—No voy a dormir en la misma cama que tú, Ágata, vas borracha no quiero que te confundas ni hagas nada de lo que te puedas arrepentir mañana.

—Eres gilipollas —susurró entonces. Boro rio. Pero sentía que dormir a su lado era demasiado. Demasiadas emociones por un día. Ágata mejoraría con el paso de las horas, necesitaba descansar y estar tranquila sin golpes, patadas o cualquier malestar que él pudiera causarle durmiendo a su lado —. Segunda puerta, derecha.

Antes de dirigirse a la segunda puerta a la derecha, Boro se las ingenió para bajar abajo y encontrar el armario de los vasos de cristal en la cocina. Lo llenó de una botella de agua que había dentro de la nevera y lo llevó arriba. Lo posó sobre la mesita de noche de Ágata y se tumbó junto a ella un rato. Cuando pudo por fin asegurarse de que dormía profundamente y estaba mejor y tranquila, se levantó y cumplió con lo que había dicho. Segunda puerta a la derecha, unas pequeñas letras en la madera donde se podía leer perfectamente: Lucía.